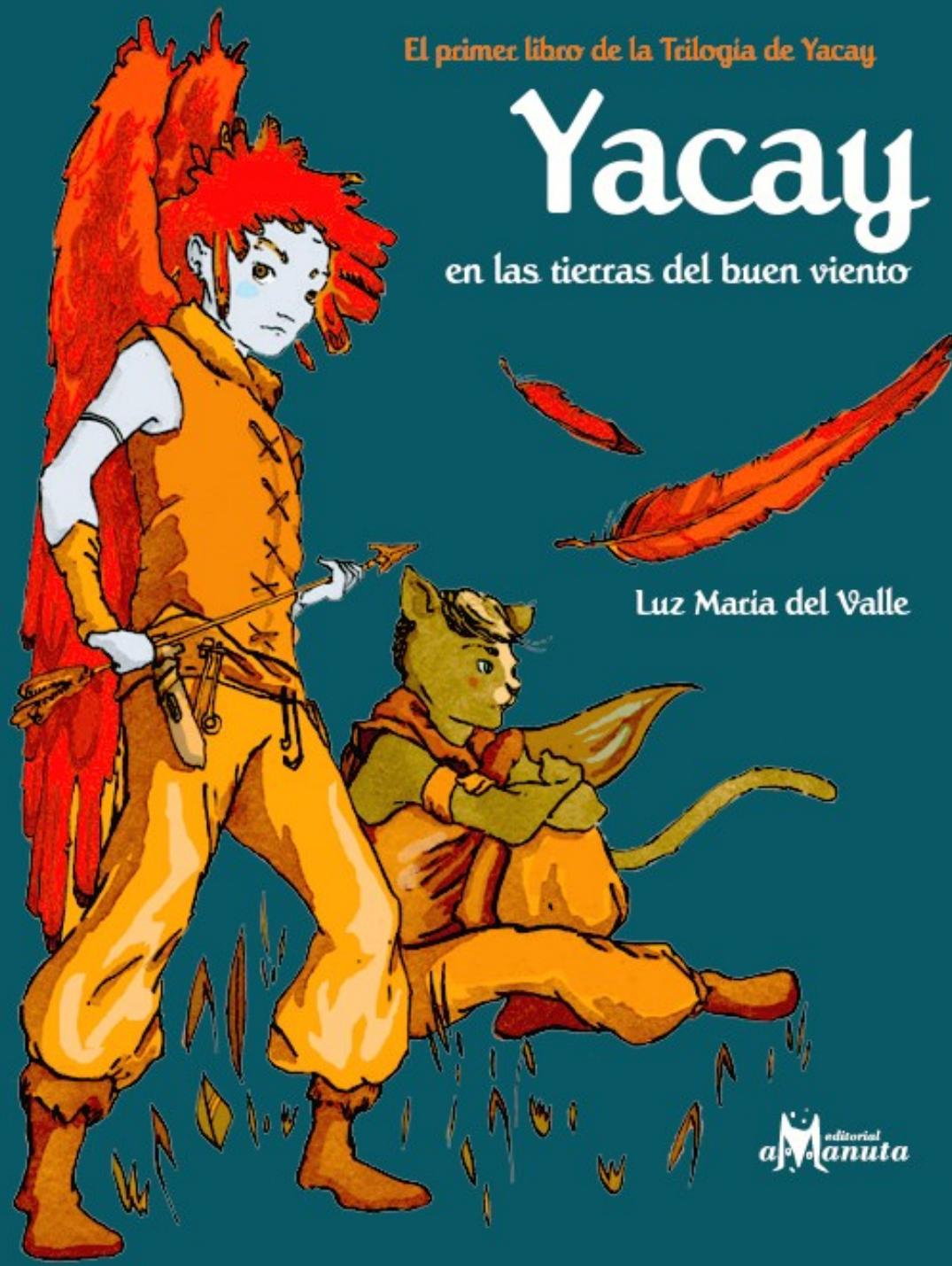


El primer libro de la Trilogía de Yacay

Yacay

en las tierras del buen viento

Luz María del Valle



editorial
a Manuta

Índice

1. Los Volocordos.....	9
2. Las herramientas de Yacay.....	17
3. No hay nada que hacer.....	31
4. Los Maullianos.....	35
5. El Príncipe Imiu.....	43
6. La fábrica de armas.....	53
7. La flecha de alarma.....	63
8. Los Guácaros.....	73
9. En busca de los Volocordos.....	99
10. Una carrera desesperada.....	115
11. La batalla de las trampas.....	123
12. Guácaros en el Gran Bosque.....	135
13. El adiós y el río nuevo.....	147

1. Los Volocordos

No existen ni existirán jamás árboles tan grandes como los que crecen en la tierra de los volocordos. Ellos la llaman el Gran Bosque y es una tierra de hermosas flores y ricas frutas, de ardillas, conejos y zorros que juegan en las raíces gigantes y pájaros que revolotean entre las inmensas ramas de hojas plateadas. Pero no solo las aves vuelan en el Gran Bosque. Otros seres más rápidos y mucho, pero mucho más grandes que los pájaros, baten ahí sus alas poderosas. Ellos son los dueños del lugar y pueden hacer lo que todos soñamos alguna vez: volar.

Los volocordos son muy parecidos a los seres humanos, porque tienen piernas, brazos, manos, pies, ojos, nariz y boca; ganas de jugar cuando son niños y ganas de tranquilidad cuando son viejos; sueños de grandes hazañas cuando son jóvenes y, a todas las edades, un montón de historias que contar.

Sin embargo, los volocordos son bien diferentes de los seres humanos en otras cosas. Tienen en la espalda unas enormes alas con plumas suaves y fuertes de vivos colores. También tienen plumas en la cabeza, en el mismo lugar que ocupa lo que los humanos llaman “pelo” o “cabello”. Un volocordo siempre tiene las plumas de la cabeza del mismo color que las de las alas.

Antiguamente los volocordos del Gran Bosque tenían la piel de color azul. Pero cuentan que después llegaron del este otros volocordos blancos y año tras año fueron naciendo más niños con la piel celeste, mezcla de volocordos blancos y volocordos azules.

En el tiempo en que ocurrió lo que ahora voy a

contar, solo quedaba un volocordo azul. Era el más anciano del bosque. Ya casi no tenía voz y hacía muchos años que no salía a volar ni siquiera para dar paseos. Vol Raico, como le decían todos, era un viejo muy cascarrabias y los niños le tenían terror, porque cuando jugaban cerca de su casa y hacían mucho ruido, salía a la ventana y les tiraba lo primero que encontraba a mano. Más de alguno terminó con un buen chichón.

Sin embargo, la gente respetaba mucho al viejo Raico, porque era el único que recordaba al pie de la letra las antiguas leyendas. Siempre anunciaba que un día iba a nacer un hijo de reyes que sería capaz de dominar a los maullianos, los hombres-gato, que eran los eternos enemigos de los volocordos. A ese gran Hijo de Reyes lo iban a reconocer todos porque volaría más alto que ningún volocordo jamás conocido.

Desgraciadamente, el único hijo que tenían los reyes parecía ser todo lo contrario del fabuloso personaje que todos esperaban.

Yacay nació una noche tormentosa. La reina Nira estaba muy orgullosa de su bebé porque tenía los ojos dorados como fuego ardiente y las plumas de su cabeza y sus alas eran tan rojas como las del rey. Se veía que iba a ser un muchacho fuerte y sano. El rey Coron esperaba impaciente que dejara de llover, para que todos los volocordos estuvieran presentes en el momento en que lo lanzaran desde la rama hacia abajo.

A la mañana siguiente salió el sol y todos los habitantes del Gran Bosque revoloteaban ansiosos alrededor de la rama de los reyes. Pronto salió el rey con el bebé en los brazos y todos saludaron al unísono: “¡Buen viento, Vol Coron!”, como era costumbre saludar a los volocordos más respetados.

Entonces el rey extendió sus brazos sujetando al bebé y el pequeño se puso a llorar de terror. Coron exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

–Buen viento acoja siempre tus alas, Yacay, hijo mío.

–Buen viento siempre, Yacay –respondieron todos mientras el rey soltaba al bebé y lo dejaba caer al vacío.

Cayó y cayó el pobre Yacay a la velocidad del rayo ante la sorpresa de los presentes, que esperaban ansiosos a que abriera sus alas. Tan sorprendidos estaban que no parecieron comprender que solo quedaban unos metros para que el bebé se estrellara en el suelo. Entonces su madre, con un fabuloso salto en picada, lo atrapó casi a ras de suelo y voló velozmente hacia la rama donde todos aguardaban, aún conteniendo la respiración.

La reina Nira, después de mirar severamente a todos los que se habían quedado sin hacer nada, abrazó con fuerza a su hijo y entró en la casa real, sin pronunciar una palabra. El rey abrió la boca para decir algo, pero los presentes, por cariño y respeto, quisieron ahorrarle el problema y, cabizbajos, se fueron retirando en silencio hacia sus casas en otras ramas.



–¡Qué lástima! –dijo el viejo Raico esa noche, mirando las estrellas– yo pensé que viviría para ver al Gran Hijo de Reyes, pero estoy muy viejo ya como para esperar a que nazca otro más. Este pequeño ni siquiera puede volar. Pobrecito, su vida va a ser muy difícil aquí.

2. Las herramientas de Yacay

Pasaba y pasaba el tiempo en el Gran Bosque y nunca los reyes se atrevieron a lanzar otra vez a Yacay al vacío. El miedo de perderlo era más fuerte que la pena porque no pudiera volar. Sus alas estaban siempre plegadas en la espalda, con las plumas rojas siempre quietas.

La reina Nira lo llevaba en brazos a todas partes y los demás volocordos comenzaron a acostumbrarse a verlo jugar sentado sobre las ramas, mientras los otros niños volaban de un lado para otro. A pesar de estar casi

siempre solo, era un niño encantador y siempre tenía sonrisas para todos.

La reina, al igual que las demás mujeres, diariamente iba al río a buscar agua, a lavar la ropa y recoger frutos. Unos días llevaba a Yacay con ella y lo dejaba cerca, donde pudiera verlo, mientras que otras veces Yacay se quedaba con alguno de los ancianos que ya no salían de casa.

Esa costumbre de estar entre adultos hizo que Yacay aprendiera a hablar mucho antes que los demás niños y que escuchara durante horas las historias y los recuerdos de los más viejos. Su favorito era Raico, quien al fin había encontrado un niño que no gritaba y no destruía las flores de su ventana. Ambos pasaban las horas conversando acerca de los viejos volocordos azules, de la llegada de los blancos y de las guerras con los maullianos.

El pequeño volocordo aprendió que los maullianos eran muy peligrosos porque, a pesar de que no podían volar, corrían muy, muy rápido y tenían unas garras enormes en las manos y los pies que podían esconder

o sacar a voluntad. Un arañazo de maulliano era muy difícil de curar.

Yacay escuchaba con fascinación cuando Raico describía al pueblo maulliano. Le pedía que repitiera una y otra vez cómo esos hombres-gato saltaban más alto que cualquier otra criatura y cómo eran capaces de atrapar a un volocordo cuando iba volando bajo, con solo uno de esos saltos.

Los maullianos, según explicaba Raico, eran sumamente peligrosos, porque comían carne de animales y para matarlos habían desarrollado unas armas que se llamaban “arcos”, que disparaban “flechas” y otras que se llamaban “hondas”, que servían para lanzar piedras.

–¿Qué son las armas, Vol Raico? –preguntó Yacay la primera vez que escuchó hablar de los maullianos.

–Son unas herramientas que sirven para hacer daño, Yacay –le contestó esa vez–. Las usan los malvados maullianos porque si no matan a otros se mueren de

hambre. Ellos no pueden comer plantas y frutas, como tú y como yo, así que lanzan sus flechas, que son unos palos puntiagudos, a los animales desprevenidos y los matan desde lejos. Después, se los comen quemados al fuego.

Yacay, lejos de compartir el desprecio que mostraba Raico por los maullianos, sentía una tremenda curiosidad por saber cómo vivían otros seres que, igual que él, no podían volar. Además, muchos animales mataban para comer y a Yacay no le parecía que Raico los despreciara tanto. Si la Madre Naturaleza los había hecho así, ¿qué culpa tenían ellos?, pensaba Yacay, y pensaba también que si la Madre Naturaleza lo había hecho a él diferente, tendría que buscar la forma de vivir feliz aprendiendo de otras criaturas no voladoras.

Cuando comenzaron a crecer sus brazos y piernas, Yacay ya era bastante hábil subiendo y bajando entre las ramas de los árboles. A los diez años ya pesaba demasiado para que lo llevaran en brazos volando a todos lados, así

que sus padres no tenían más remedio que dejarlo solo.

Pero lejos de quedarse tranquilamente sentado, Yacay siempre estaba ocupadísimo con un gran cuchillo que le había regalado su padre, el rey Coron. Había desarrollado una habilidad especial para tallar la madera y, con ramas pequeñas, creaba herramientas que le servían para escalar los árboles más rápido y también para saltar.

Algunos niños de su edad lo observaban impresionados cuando lanzaba un gancho atado a una cuerda hasta las ramas más altas, luego tiraba de la cuerda, para comprobar que estaba firme y después se lanzaba agarrado a ella hasta llegar a otra rama lejana. Lo encontraban tan divertido que pronto algunos le pidieron que les enseñara a hacerlo y así Yacay les empezó a mostrar sus cinturones con cuerdas, sus ganchos y sus pértigas.

A todos les parecía extraño este niño que andaba lleno de herramientas de madera colgando de un gran cinturón, pero terminaron por acostumbrarse y, como era tan rápido y ágil subiendo por las ramas o descolgándose



con cuerdas, comenzaron a incluirlo en sus juegos y a convertirlo en un amigo más.

Su juego favorito era escapar de Yacay, que se hacía pasar por maulliano y les disparaba imaginarias flechas. A eso estaban jugando una mañana él, Suri y Tolbon, sus mejores amigos.

Yacay se ocultó dentro de un tronco hueco y, cuando sus amigos pasaron por encima, buscándolo, salió gruñendo y alzando unas improvisadas garras hechas con palitos.

—¡Oh! Me hirieron...—gritó Suri, una pequeña volocorda de plumas amarillas, dejándose caer—. ¡Voy a moriiiiiiiiir!

Tolbon, el niño de alas verdes que volaba junto a ella, se tiró en picada y la agarró cuando estaba a punto de tocar el suelo. Entonces Yacay, desde su posición de ataque, corrió con una vara fina y fuerte en una mano, la clavó en la tierra y saltó impulsado por ella hasta que

chocó con los dos en el aire y los tres cayeron estrepitosamente al río, muertos de la risa.

–Ja, ja, ja... ¡Nunca podrán con los maullianos si son tan torpes! –exclamó Yacay, mientras los otros dos le salpicaban agua con todas sus fuerzas.

Los volocordos no podían nadar, pero la orilla del río no era muy profunda y les gustaba mucho jugar y refrescarse en ella durante los días de calor veraniego. Por eso Suri, Tolbon y Yacay estaban tan entusiasmados chapoteando que ninguno de los tres oyó el corno de alarma que venía de los árboles.

De pronto una piedra cayó justo al lado de Tolbon y se hundió en el agua. Los tres se quedaron quietos, asustados, tratando de ver de dónde había venido. Otra piedra cayó entonces tan cerca de Yacay que le rozó el brazo. Escucharon gritos en los árboles. Otra piedra cayó, y otra más. Los tres niños salieron del agua corriendo,

mientras seguían cayendo piedras. Una alcanzó a Tolbon en la pierna y se oyeron risas entre los arbustos.

El corno de alarma volvió a sonar. Esta vez lo escucharon. El padre de Suri apareció volando sobre ellos justo cuando más piedras empezaban a llegar desde los arbustos. Suri y Tolbon elevaron el vuelo asustados, pero Yacay no sabía dónde esconderse y esquivó las piedras corriendo en zig-zag.

–¡Vuelen a los árboles, niños! –gritó el padre de Suri, mientras se acercaba a socorrer a Yacay.

Dos seres, los más extraños que Yacay había visto en su vida, aparecieron entonces detrás de los arbustos, con hondas en sus manos, a punto de disparar más piedras.

Tenían brazos y piernas muy fuertes y peludos, orejas de gato salían de sus cabezas también peludas y sus ojos eran verdes y almendrados. Tenían pupilas verticales, como los gatos.

–¡Alto, asquerosos maullianos! –volvió a gritar el volocordo desde el aire, mientras se acercaba a Yacay.

–¡Altooooo? –dijo la voz chillona de uno de ellos, girando la honda en su mano– ¿Tú nos vas a deteneeeeer? ¡Detén esto si puedeeees!



Los dos maullianos, entre carcajadas, comenzaron a lanzar piedras nuevamente con sus hondas, pero esta vez golpearon a los dos volocordos.

El padre de Suri cayó herido al suelo y Yacay sintió un fuerte dolor en el brazo.

En ese momento, dos volocordos aparecieron por detrás de los maullianos y

les lanzaron piedras desde lo alto. El rey Coron llegó por el otro lado, volando a toda velocidad, y entre los tres atraparon a los maullianos, esquivando sus garras, hasta que los dejaron inmovilizados.

Entonces, Yacay, que estaba tirado en el suelo, retorciéndose de dolor, trató de levantarse para correr hacia su padre, pero algo peludo lo sujetó con fuerza por la garganta. Sintió que se ahogaba.

Otros cinco volocordos llegaron al lugar, cargando dos maullianos más, atados con cuerdas. Dos de los volocordos sangraban. Dejaron a sus prisioneros en el suelo al tiempo que Coron les hacía una señal con la mano, mirando a Yacay.

–Suéltalooooos –dijo una voz chillona detrás de Yacay.

Y entonces sintió que algo puntiagudo se le clavaba en un costado.

–¡No le hagas daño, es un niño! –gritó Coron desesperado.

–¡Suelta a mis compañerooooos o lo mataré! –dijo la voz, y Yacay sintió que el objeto punzante se le clavaba más aún.

Gimió de dolor.

–Déjenlos –ordenó Coron.

Los maullianos se levantaron adoloridos, ya libres de sus captores. Estaban rodeados de volocordos. Casi todo el pueblo había llegado al lugar y miraba amenazante a los intrusos.

El maulliano que tenía a Yacay lo sujetó como a un saco y se lo echó al hombro. Sacó las garras de su mano y se las mostró a los volocordos con furia.

–Si nos sigueeeeen... mataré a este pequeñín –dijo, al tiempo que los otros maullianos se acercaban, cojeando y quejándose, y se disponían a huir sin dar la espalda a los volocordos.



Yacay no se atrevía a gritar. Solo miró a su padre con lágrimas en los ojos, mientras todos los volocordos observaban inmóviles, furiosos, cómo se alejaban los cinco maullianos con el niño.

Minutos más tarde, Yacay sintió que su captor corría a toda velocidad, cargándolo como si no pesara nada. A pesar de que el dolor le nublabla la vista, notó cómo el grupo se movía con una agilidad sorprendente. Parecían volar a ras de suelo, a grandes saltos. Si no hubiese sido por el miedo y el sufrimiento, habría disfrutado de tan veloz carrera.

3. No hay nada que hacer

Cuando los maullianos se perdieron de vista, casi todo el pueblo estaba reunido junto al río. Algunos habían vuelto a los árboles, a curar a los heridos. El rey Coron gritaba de furia mientras los otros le decían “Vol Coron, ¿qué vamos a hacer?”.

La reina Nira lloraba desconsolada y pedía que rescataran a su hijo. Pero el viejo Raico, que por primera vez en muchos años había dejado su rama, trataba de disuadirla:

–No podemos ir tras ellos, matarán al niño si nos ven cerca. Ni siquiera sabemos a dónde se dirigen. Es más seguro para todos esperar. Por ahora no hay nada que hacer.

–¿Cómo que no hay nada que hacer? –gritó la reina entre sollozos–. Mi hijo está en manos de esos monstruos. ¡Si no me ayudan iré yo sola a buscarlo!

–No, Nira, no irás –se escuchó fuerte la voz del rey–. Nunca hemos vencido en una guerra contra ellos. No sabemos luchar, no tenemos armas y nunca las tendremos. Nuestro pueblo es y seguirá siendo pacífico. No enviaría a la muerte a ninguno de ustedes, ni siquiera por mi hijo. Éste era un grupo pequeño de maullianos, probablemente perdido. Hace muchos años que no se acercaban. Prepararemos al pueblo para su defensa, para que no nos sorprendan si hay nuevos ataques, pero no iremos a buscarlos ni a provocarlos, porque llevamos las de perder. Nadie lamenta más que yo el secuestro de Yacay, pero debo velar por mi pueblo.

Un insoportable silencio siguió a las palabras de Coron. Suri y Tolbon lloraban, igual que la reina. Sin embargo, nadie se atrevió a contradecir al rey. En el fondo, sabían que tenía razón. Si solo cinco maullianos habían dejado varios heridos, se imaginaban el desastre que sería luchar contra un pueblo entero.



Al día siguiente, un grupo de volocordos salió a buscar a Yacay, por si los maullianos lo habían abandonado en mitad de la huida, pero no encontraron nada. Durante varias semanas se turnaron para rastrear en los alrededores sin éxito y aumentaron la vigilancia, para evitar nuevas sorpresas peligrosas.

Cuando la reina lloraba por su hijo perdido, el rey Coron y Raico le decían que aceptara el destino.

—No hay nada que hacer, Nira, nada que hacer.

4. Los Maullianos

Yacay despertó en medio de un bosque de árboles pequeños. En lugar de los inmensos troncos a los que estaba acostumbrado, un montón de arbustos y algunos árboles delgados llegaban hasta donde se perdía la vista. Pensó que debía haberse desmayado en el camino, porque ya era casi de noche y los maullianos estaban echados junto a un fuego, conversando entre ellos con sus voces chillonas, que alargaban algunas palabras. Sintiendo todavía un fuerte dolor en el brazo, se dispuso a escucharlos apoyado en un tronco, cerca de ellos. Notó

que le habían amarrado un tobillo al árbol.

–¡Ratas! Si no fueraaaaaas tan toooooorpe, Laia, no nos hubiesen descubieeeeerto –decía uno de ellos–. Tú tendrás que explicarle al reeeeeeey si vienen los volocordos a vengarseeeee.

–¿Explicarle queeeeeé? –contestó otra maulliana– ¿que nos perdimos porque no sabías el camino, cómo dijiste? ¿Que en lugar de cieeeeervos encontramos volo-coooooordos, por tu culpa?

–¡No hubiera pasaaaaado nada si nooooo te hubieran viiiiiisto!

–Tú me dijiste que capturáramooooos uno, ¿recuerdas? ¡Y lo capturaaaaaamos!

–Lo capturé yo, querrás deciiiiir –se oyó la voz de otro maulliano –y si no lo agarro nos matan a toooooooodos.

Una punzada de dolor hizo gemir a Yacay. Entonces los maullianos se volvieron hacia él.

–Miiiiira, parece que el pajarito ha despertaaaaado.

–¿Qué vamos a hacer con él?

–Yo lo dejaría ahí mismo. Nos retraaaaaa la marcha.

Yacay temblaba de miedo, de frío y de dolor, mientras los maullianos comenzaban a rodearlo y a discutir. La maulliana le tocó las plumas.

–Sería boniiiiito hacerse un abrigo con estoooooo –dijo, y Yacay se apartó bruscamente–. Ja, ja, ja, no tengas mieeeeedo, pajarito, no como asquerosidaaaaades como tú... –dijo acercando sus garras a la cara de Yacay, y riendo de nuevo.

–Déjalo en paz, Laia, tenemos que llevarlo con el rey para que decida qué haceeeeer –dijo otro maulliano y, tomándolo en brazos, se lo echó al hombro y alentó a los demás a seguir la marcha.

Por su forma de tratar a los otros, dando órdenes todo

el tiempo, Yacay notó que su raptor, que ahora lo cargaba, tenía un rango más alto que el de sus compañeros.

Los maullianos echaron tierra sobre el fuego y comenzaron a correr nuevamente. Sus largas zancadas impresionaban a Yacay. En pocos minutos atravesaron lo que quedaba del bosquecillo y llegaron al pie de las montañas, unas montañas que en el Gran Bosque solo se lograban ver desde las copas más altas de los árboles. Ahora, de tan cerca, se veían muy secas. Y, como pudo comprobar más tarde, estaban llenas de cuevas ocultas por arbustos.

Cuando hubieron subido algunos metros por una ladera, un montón de maullianos empezó a acercarse. Sus pelajes eran pardos, negros o blancos y sus voces muy chillonas. Saludaban entusiasmados al grupo.

Yacay sintió que se moría de dolor por el brazo que, ya estaba seguro, tenía roto.

Un silencio se hizo de repente entre tan gatunos personajes y el muchacho notó cómo lo dejaban cuidadosamente en el suelo. Todos se inclinaron en una reverencia,

mientras él trataba de incorporarse. Habían hecho un pasillo y por él avanzaba a grandes pasos un maulliano de pelo gris, con los ojos de un verde intenso.

–Saludos, gran rey Molion –dijo el maulliano que había llevado a Yacay.

–Saludos, Gaibor, ¿qué significa esto? –contestó el de pelo gris, apuntando hacia Yacay.

–Nos atacaron los volocordos en el viaje y tuvimos que traerlo como rehén, para salir con vida –contestó Gaibor.

Todos los presentes soltaron una carcajada, excepto el rey, que se puso más serio aún.

–¿Qué hacían en tierra de volocordos? ¿No iban a buscar ciervos, acaso?

–Sí, gran rey Molion, pero nos perdimos –dijo Laia con voz débil.

Otra carcajada comenzó en la concurrencia, pero quedó cortada en el aire por un grito del rey.

–¡Silencio! Ya tenemos bastantes problemas como para iniciar una lucha con los volocordos. Puede que no sean un gran peligro para nosotros, pero en este momento necesitamos todas nuestras fuerzas concentradas. Hace muchos años que nos libramos de esos pajarracos y no nos han molestado desde entonces. Que todos vuelvan a sus labores y ustedes... –el rey miró uno a uno a los maullianos del grupo que había traído a Yacay y señaló al suelo con violencia.

–¡No, gran rey! ¡Por favor! –gritó Laia con terror en la voz.

Los otros bajaron la vista y avanzaron tras el rey, como resignados a un terrible destino. Laia se les unió al final.

Yacay quedó sentado en el suelo, sin saber qué hacer, muriéndose de dolor y de hambre. Casi dio un salto cuando una mano peluda le tocó el hombro. Se volvió y encontró los ojos azules, de pupilas verticales, de una maulliana más gris aún que el rey.

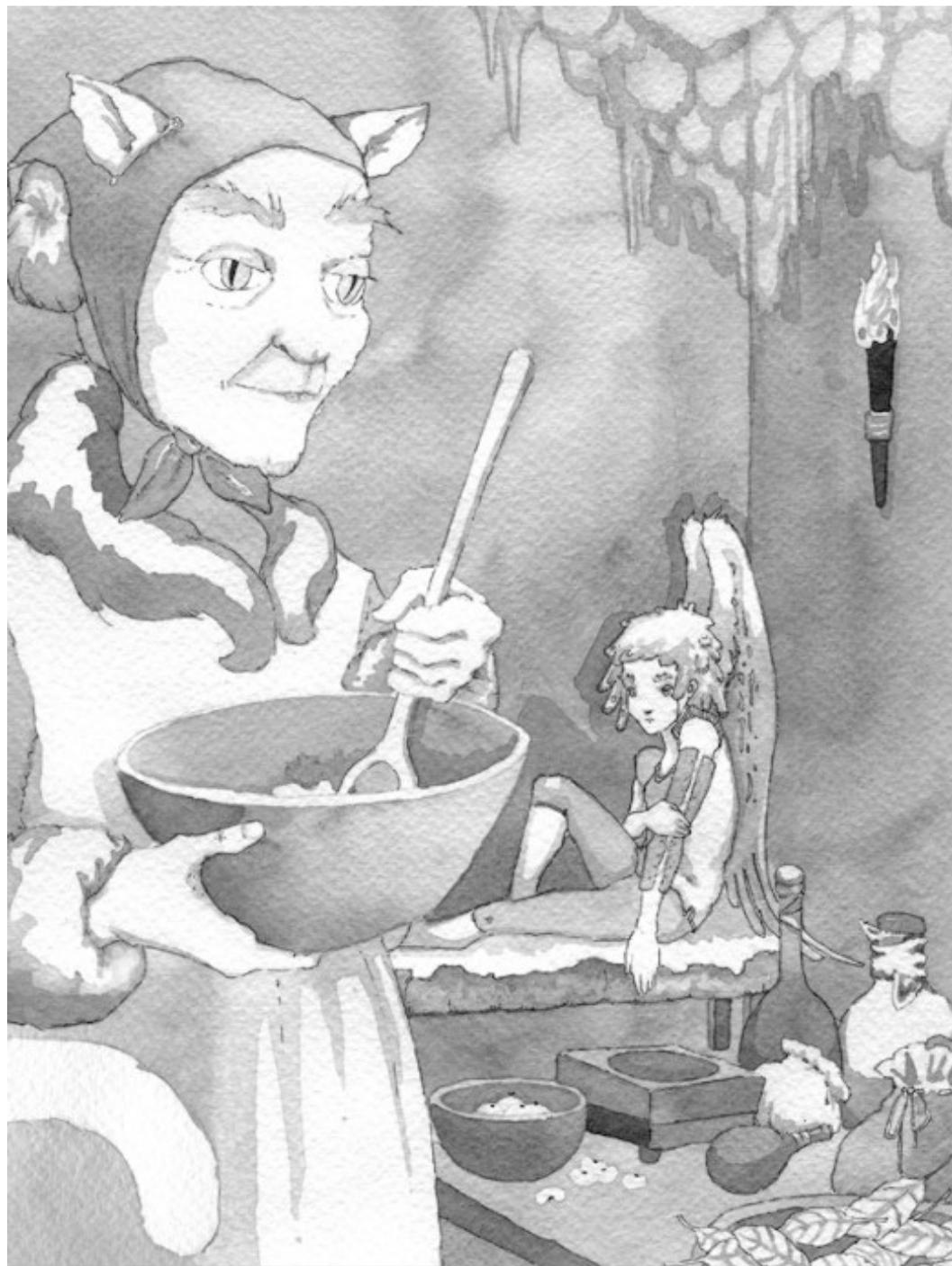
–Ven conmigo –le dijo.

Y como el pobre no se pudo levantar, ella lo tomó en brazos y lo alzó como si no pesara nada. Entonces Yacay volvió a desmayarse.

5. El Príncipe Imiu

Yacay despertó mareado en un lugar muy oscuro que iluminaban unas pocas antorchas empotradas en la pared. Su brazo tenía unas tablitas atadas con tiras de un extraño material flexible y parecía estar menos hinchado. No sentía ningún dolor.

–Buenos díaaaaas, pajarito –lo saludó la voz de la maulliana–, si te sientes mareado es poooooorque te di unas hierbas para el dolooooor, no trates de levantar-teeeee o te caerás. Toma.



Le ofreció un cuenco de un líquido extraño, que no olía muy bien, pero Yacay tenía tanta hambre que cualquier cosa para tragar le parecía perfecta.

–Bien, eso eees, despacio –decía la anciana mientras Yacay bebía–. Acércate, Imiu, no es fácil ver un volocordo vivo tan de cerca. Aprovecha antes de que eche a volar.

Un pequeño maulliano de pelo negro, con una mancha blanca que le atravesaba la cara como un camino, se acercó y miró con sus ojos verdes desde muy cerca a Yacay.

–Hola –dijo, pero Yacay no respondió.

Lo único que quería era llorar. Pensaba en su madre y no sabía cuándo podría verla otra vez.

Aquellos seres peludos de ojos extraños no le gustaban nada. Después de todo, Raico tenía razón: los maullianos eran monstruosos.

La anciana se alejó y los dos muchachos quedaron solos. Imiu parecía tan joven como Yacay, se veía más pequeño que los otros y más amigable. A pesar de que Yacay no quería hablarle, no pareció molestarse, y comenzó una conversación él solo:

–Debes estar bien asustadooooo. No te preocupes, Guimia es muy buena curandeeeeeera. Siempre ayuda a los animaliiiiitos que encuentra. Sabe muuuucho.

–Yo no soy ningún animalito, soy el hijo del rey Coron –logró decir Yacay después de tragarse las lágrimas, porque la rabia fue más poderosa que la pena.

–Bueeeeno, perdona, hijo del rey Coron, solo quería ser amableeee.

–Pues yo no necesito que seas amable, necesito que me dejes en paz –dijo Yacay muy enojado.

–Bueno, entooooonces te dejaré en paz, pájaro tonto –dijo Imiu y se alejó de Yacay.

Tomó una de las antorchas y desapareció tras una cortina que dejó pasar una ráfaga de viento.

–No seas imprudenteeee –le dijo entonces la anciana a Yacay –Imiu es hijo del rey Molion y nooooo te gustaría hacer enfadaaaaar al rey, créeme. Agradeceeeee que me permitieron cuidarte, en lugar de arrojaaaarte por el precipicioooo. Aunque, claro, es bastante estúpido tiraaaar un volocordo a un precipicio... je, je, je.

La risa de la anciana le pareció ridícula a Yacay, aunque encontró halagador que ella lo considerara capaz de volar.

Pasados unos días, Yacay se sintió mejor y, aunque soñaba con comer unas cuantas frutas frescas, se había acostumbrado a las sopas que le daba Guimia. Ella se preocupó de hablar con Imiu y le dijo que fuera paciente, que el pobre volocordito debía estar muy nervioso después



de que lo sacaron bruscamente de su casa y lo trajeron a tierras desconocidas y que, seguramente, por eso había sido tan desagradable. Así que Imiu comenzó a llevarle algunas plantas de vez en cuando, pensando que le podrían servir de alimento.

Yacay empezó por decir fríamente “gracias” las primeras veces, pero pronto los dos muchachos lograron entablar conversaciones más largas y compartieron historias de sus respectivos pueblos. En las eternas horas de estos intercambios con el príncipe, Yacay se fue acostumbrando a su manera de hablar y dejó de notar cómo alargaba las palabras.

Imiu era un muchacho alegre cuando estaba en casa de Guimia, pero fuera de allí cambiaba. Su carácter no era el de un brusco y mandón rey, como esperaba su padre y por eso casi siempre se ganaba reprimendas y castigos.

Cuando todos los jóvenes hacían ejercicios de caza y de guerra, él prefería cortar hojas medicinales y aprender las viejas historias de la anciana. Hubiese querido

ser curandero, como ella, y olvidar que algún día tendría que reinar en el pueblo.

El padre de Imiu era siempre muy seco y brusco. Daba órdenes a todos los maullianos con gran autoridad y disparaba flechas con más precisión que cualquiera de los cazadores más jóvenes. Sin embargo, ya estaba viejo y le preocupaba que su sucesor fuera tan débil, especialmente cuando un terrible miedo le roía el alma: los Guácaros.

Se trataba de los hombres-perro que vivían al otro lado de las montañas, en territorios que antes habían sido maullianos. Los antepasados de Molion habían luchado por años contra ellos y atravesaron las montañas en busca de refugio. Por miedo a las guerras, ahora el pueblo vivía en cuevas ocultas, en lugar de chozas abiertas y acogedoras como antes.

Los maullianos eran guerreros fuertes, pero si no tenían un buen líder, pronto serían vencidos por sus feroces enemigos. Por eso el rey Molion se preocupó tanto

cuando su hijo se le acercó un día y le dijo:

–Padre, ¿por qué no dejas que Yacay salga de la cueva de Guimia? Podría acompañarme. Él dice que no sabe volar. No se va a escapar, estoy seguro.

–¿Un volocordo que no vuela? ¿Estás loco, hijo? ¿Qué te ha metido en la cabeza ese pajarraco? ¿Que te acompañe? ¡¡¡¡Un volocordo no es tu amigo, hijo mío, no puedes ser tan ingenuo!!!!

–Pero padre, yo...

–Ya le dije a esa vieja loca que un volocordo solo traería problemas. Si no hubiera visto dónde vivimos lo habría dejado en libertad, pero no quiero que nos delate. Es muy peligroso. Lo voy a encerrar en la Cueva Profunda –dijo el rey señalando al suelo.

–¡¡¡No, padre!!! –el terror asomó a los ojos de Imiu.

Pero el rey, sin hacer caso de sus ruegos, se acercó a la cueva de Guimia, desató bruscamente a Yacay y se lo llevó bajo el brazo sin miramientos.

–¿Adónde me llevan? –alcanzó a preguntar el pequeño volocordo mientras forcejeaba bajo el brazo gris peludo. Imiu solamente lo miró desconsolado.

6. La fábrica de armas

Molion y Yacay entraron en un túnel muy ancho que parecía no acabar jamás. Se cruzaron varias veces con maullianos cargados de tablas y sacos. Al final, se abrió una gran bóveda, de techo alto, en la que varios maullianos trabajaban frotando, golpeando o calentando al fuego piezas de madera.

Yacay, lejos de asustarse, quedó fascinado: nunca había visto tantas herramientas juntas en su vida. Cuando lo tomaron prisionero le habían quitado su cinturón, por lo que extrañaba tanto sus artefactos que estas armas



maullianas le parecieron incluso agradables. Sin embargo, los que trabajaban allí no parecían compartir su fascinación. Se movían de un lado a otro inquietos, desesperados, como si alguien los ahogara.

Cuando el rey lo dejó en el suelo y les dijo a los otros que le dieran trabajo, Yacay reconoció a dos de los maullianos que lo habían traído desde el Gran Bosque: Gaibor y Laia. También vio a los otros tres, que más tarde supo que se llamaban Linco, Lancio y Millai, dos maullianos y una maulliana.

Algunos de los trabajadores traían leña desde afuera, otros la cortaban para convertirla en pequeñas tablitas. Otros la lijaban y limaban con piedras porosas y otros se encargaban de calentarlas al fuego (lo que, como explicaron más tarde a Yacay, hacía que las flechas fueran más duras). Además de flechas, fabricaban arcos, cuchillos, hondas y lanzas, pero en menor cantidad. Las pilas de flechas que había junto a las paredes parecían no terminar nunca.

Yacay pasó varias semanas “castigado” en la fábrica de armas que llamaban “La Cueva Profunda”. A pesar de que extrañaba a Imiu, le pareció mucho más interesante este castigo que su retención anterior en la cueva de Guimia.

Aprendió a tallar flechas y arcos y en poco tiempo trabajaba más rápido que todos los demás. Los maullianos, que en un principio lo recibieron con desprecio, dejaron de llamarlo “pájaro” y comenzaron a pedirle consejos para trabajar mejor.

El carácter simpático y agradable de Yacay volvía a aparecer, después de tanto tiempo prisionero de los maullianos. Hacía reír a sus compañeros de castigo, les enseñaba a tallar ganchos y pértigas de salto como las que usaba en su tierra y les prometía unas buenas clases de escalar árboles cuando estuvieran libres. Ya ni siquiera notaba la extraña forma de hablar de sus peludos nuevos amigos. Primero las entretenidas conversaciones con Imiu y después el tiempo transcurrido en la cueva lo habían acostumbrado a esas palabras largas y esas voces

agudas que ahora le parecían normales.

–No entiendo por qué los desespera tanto estar en la Cueva Profunda –le dijo un día a Gaibor, mientras tomaban un descanso para comer, a la sombra de un árbol, fuera de la cueva–, la verdad es que no me parece tan terrible. A mí me gusta fabricar herramientas.

–En realidad no son las herramientas las que nos desagradan, Yacay, lo que pasa es que nosotros no soportamos estar encerrados. Los viejos dicen que nacimos para vivir libres.

–Pero, entonces, ¿por qué construyeron ese lugar así de profundo y oculto?

–Desde que nos persiguen los guácaros nos ocultamos. Ellos tienen muy buen oído. Si escucharan nuestros trabajos, nos descubrirían enseguida. Por eso, cuando llegaron aquí, los viejos construyeron esta horrible cueva gigante, para que los trabajos fueran silenciosos.

–¿Y antes fabricar armas no era un castigo?

–Por supuesto que no. Pero, como nadie soportaba pasar todo el día en este encierro, hubo que convertirlo en castigo. Las armas son necesarias, así que siempre hay mucho trabajo que hacer y por eso los que caen en desgracia quedan castigados hasta que otros ocupen sus puestos. Fíjate en nosotros, estamos aquí desde el día en que llegamos contigo.

A Yacay el recuerdo de su llegada al pueblo maulliano lo hizo pensar en sus añorados árboles gigantes de hojas plateadas y sentir una pena tremenda en el corazón.

–¿Cuánto tiempo hace de eso, Gaibor? –preguntó con tristeza.

Pero Gaibor no supo contestar.

Pasaron varios meses antes de que Yacay y los demás fueran liberados. Tuvieron que esperar a que diez jóvenes maullianos partieran sin permiso a cazar al otro lado

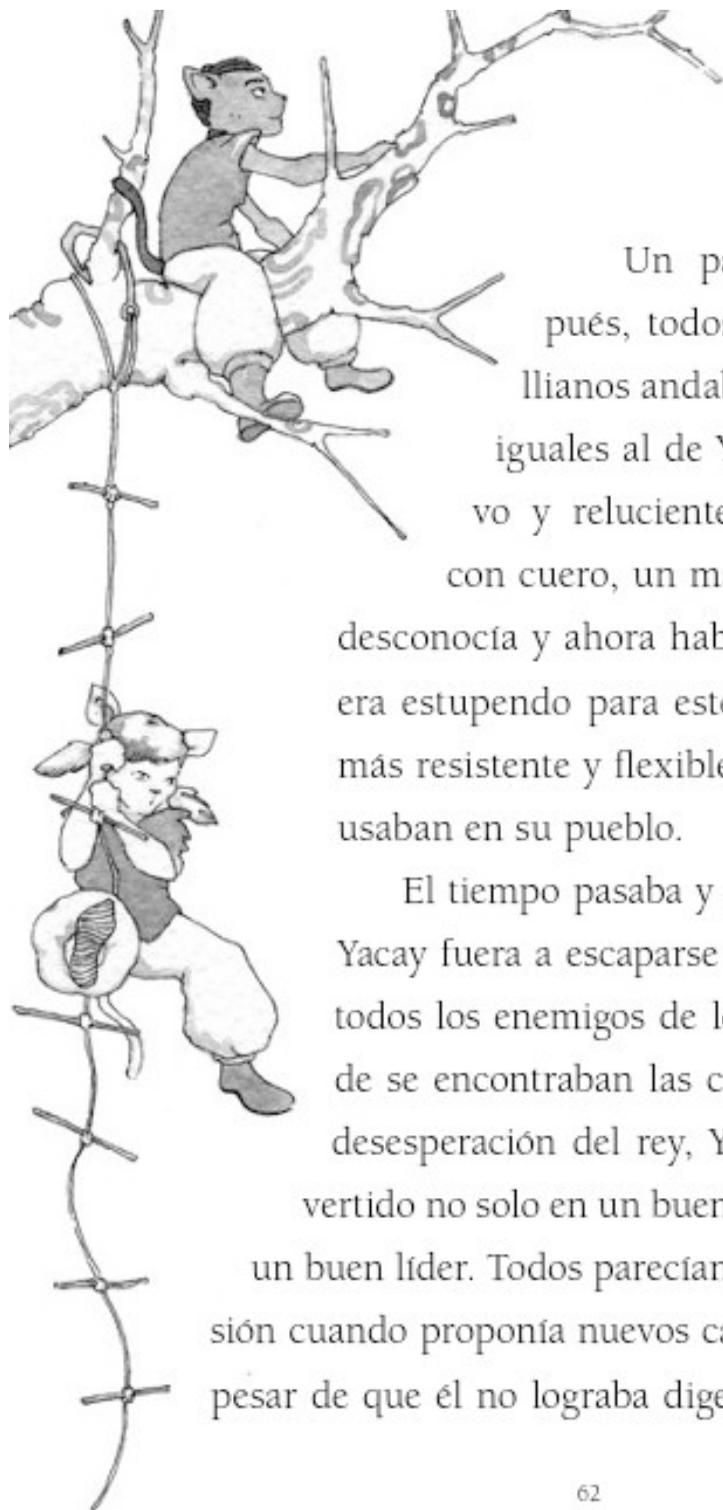
de las montañas, arriesgándose a ser olfateados por los guácaros, cuyo olfato tenía varios kilómetros de alcance.

Pasar el día completo al aire libre hizo que Yacay se sintiera como nuevo. Algo de razón tenían los maullianos al no aguantar muchas horas encerrados: no había nada más delicioso que la libertad.

Vio a Imiu que corrió a saludarlo y se frotaron las cabezas, como acostumbraban a saludar los maullianos. Yacay había dejado de desear “buen viento” a su amigo, después de haberse ganado unas cuantas risotadas.

–Mañana voy a enseñarles a todos a escalar los árboles y colgarse con cuerdas, ¿quieres ir con nosotros? –le propuso Yacay a su amigo, quien aceptó encantado.

Los jóvenes maullianos tardaron pocas semanas en aprender las artes de Yacay y, aunque nunca lograron su habilidad con las cuerdas, eran incluso más rápidos que él para escalar, porque se movían siempre con gran agilidad.



Un par de meses después, todos los jóvenes maullianos andaban con cinturones iguales al de Yacay, que era nuevo y reluciente, recién fabricado con cuero, un material que él antes desconocía y ahora había descubierto que era estupendo para este menester, mucho más resistente y flexible que las fibras que usaban en su pueblo.

El tiempo pasaba y ya nadie temía que Yacay fuera a escaparse volando a contar a todos los enemigos de los maullianos dónde se encontraban las cuevas ocultas. Para desesperación del rey, Yacay se había convertido no solo en un buen maulliano, sino en un buen líder. Todos parecían seguirlo sin discusión cuando proponía nuevos caminos de caza y, a pesar de que él no lograba digerir la carne con su

estómago volocordo, había adquirido una puntería prodigiosa y disfrutaba ejercitando sus recién descubiertas habilidades como excelente cazador.

7. La flecha de alarma

Varios años vivió Yacay entre los maullianos, cazando y trabajando como cualquier otro. Había dejado de preguntarse por qué los volocordos nunca fueron a rescatarlo, pero jamás aceptó lo que decían sus amigos maullianos respecto de que la cobardía era natural en los volocordos y se ocupaba siempre de demostrar lo contrario, siendo más valiente que nadie.

Incluso llegó a convencerse de que era mejor para él estar entre los maullianos, que no necesitaban volar para vivir. Sin embargo, siempre siguió soñando con extender algún día sus alas y sentir el viento en la cara, a toda velocidad, como cuando su madre lo llevaba en brazos.

Su pasatiempo favorito era subir con Imiu a lo más alto de los viejos árboles quemados que había cerca del pueblo y conversar de todas las cosas posibles con su amigo. La vieja Guimia les había contado que esos árboles, que ahora estaban quemados y muertos, habían sido de los volocordos blancos, a los que habían vencido los maullianos cuando huían de los guácaros.

Yacay e Imiu buscaban entre las ramas algún recuerdo de los volocordos de esa época. A veces veían tablas de una vieja casa o cestas para llevar frutas que habían quedado abandonadas, pero nunca encontraron nada muy interesante. Casi todo había desaparecido con el fuego cuando los maullianos quemaron el pequeño bosque.

—¿Por qué no lucharon los dos pueblos juntos contra los guácaros? —le preguntó Yacay a Imiu una tarde.

—¿Cómo van a luchar juntos, si son enemigos? —contestó Imiu.



–¿Por qué? Tú y yo no somos enemigos, ¿verdad? –Imiu sacudió la cabeza sonriendo.

–Bueno –continuó Yacay–, yo pienso que hemos aprendido muchas cosas el uno del otro. Si los maullianos y los volocordos aprendieran a luchar juntos, creo que seríamos invencibles... imagínate, unos vuelan y los otros son los más ágiles en tierra. ¿No te parece un gran equipo?

–Sí, tal vez tengas razón, pero siempre hemos sido enemigos. Mi pueblo tuvo que echarlos de aquí para poder vivir en las montañas, cuando los guácaros nos corrieron de las tierras en que vivíamos, al otro lado. Me imagino que así tiene que ser, ¿no? Si llegas a instalarte a un lugar que está ocupado por otros... o los echas o te echan a ti.

–Pero hay tanto espacio aquí –Yacay hizo un gesto que parecía abarcar todo el territorio maulliano–. Nadie tendría por qué haberse ido. ¡Alcanza para tres o cuatro pueblos juntos!

–¿Sabes, Yacay? Cuando yo sea rey, el pueblo maulliano no va a ser nunca más enemigo de los volocordos, te lo prometo.

Yacay sonrió con tristeza. Pensaba que le hubiese gustado decir lo mismo, pero ya no creía que alguna vez pudiera llegar a ser rey de los volocordos.



De pronto una flecha roja llegó desde lo más alto de las montañas. Los maullianos comenzaron a correr de un lado para otro con desesperación.

–¡Es la alarma, Yacay, corre! –exclamó Imiu igual de alterado que los de allá abajo y los dos comenzaron a descender del árbol a toda velocidad, colgando de sus cuerdas.

Cuando llegaron al poblado, el grupo ya no se movía. Todos formaban un pasillo frente a un maulliano negro que, de rodillas, esperaba a que el rey se le acercara.

–Saludos, gran rey Molion –dijo el maulliano– vine lo más rápido que pude.

–Saludos, vigía Guimoi –contestó el rey–, dime qué ocurre.

–En realidad, nada, gran rey. Fue una falsa alarma –un murmullo recorrió el pasillo de maullianos–. La flecha de alarma se le escapó a mi compañero Loyon. Ya está muy viejo, gran rey, y le tiemblan las manos. Estábamos practicando y...

–¡Y dejaste a Loyon solo allá arriba! –gritó el rey furioso.

–Sí, gran rey, es que yo podía llegar más rápido corriendo a avisarles que era falsa alarma y pensamos...

–¡Estúpido! –lo interrumpió el rey–. El mejor se tiene que quedar allá –dijo, y miró al grupo que formaba el pasillo–. ¡Dos voluntarios para sustituir a estos inútiles!

Hubo entonces un incómodo silencio. Si bien a los maullianos les gustaba el aire libre, y solo entraban a las cuevas para dormir o para curarse las heridas, las cumbres de las montañas no resultaban un lugar muy atractivo para ellos. El punto de vigilancia desde donde se avisaba si venían guácaros no era precisamente su lugar favorito.

Como hacía muchos años que los guácaros no se presentaban, el trabajo consistía casi solamente en mirar hacia el otro lado de las montañas y dormir y cazar por turnos, sin ver a nadie más que al compañero de guardia durante mucho tiempo.

Yacay e Imiu se miraron. Durante un momento parecieron leerse el pensamiento. Tan conectados estaban que gritaron los dos a la vez:

—¡Yo, gran rey!

El rey se volvió y, aunque al principio iba a lanzar

un furioso ¡No!, se detuvo con la boca abierta antes de pronunciarlo. Vio a su hijo y a Yacay, a quienes siempre había considerado un par de chiquillos raros, y, por primera vez, comprendió que ya no eran unos niños. Ambos pasaban ya los 16 años y sus cuerpecitos infantiles se habían convertido en un montón de músculos fuertes y firmes. Ambos sobrepasaban en estatura a la mayor parte del pueblo —especialmente Yacay, que era más alto que todos— y tenían destrezas excepcionales con las armas y las herramientas de escalar.

A pesar de que Molion nunca había aprobado esta amistad entre su hijo y el muchacho alado, por un momento se dio cuenta de que tal vez no había sido todo negativo. Los volocordos veían mucho mejor y más lejos que los maullianos durante el día (aunque de noche no podían ver tan bien como ellos) y ese chico de piel celeste parecía haberse encariñado lo suficiente con la vida maulliana como para no haber escapado jamás volando... casi parecía que nunca podría volar. Además,

pensó que el volocordo era excelente escalando y cazando, mientras que su hijo era extremadamente veloz para correr y saltar. Desde su mente entrenada para la guerra, el rey comprendió que se encontraba ante el equipo de vigilancia ideal.

Todos se habían quedado en silencio, mirando al rey y a los dos jóvenes que esperaban respuesta, entusiasmados y anhelantes.

–¿Se dan cuenta de que el próximo cambio de turno será dentro de un mes? –preguntó el rey.

–Sí, padre, lo sabemos –contestó Imiu, aunque Yacay en realidad no tenía idea.

–Bien, espero de ustedes el mejor desempeño. Y en cuanto a ti... –el rey miró al guardia, que todavía estaba arrodillado, y señaló al suelo.

Yacay estaba feliz. Llenó en minutos un bolso con todas las cosas que necesitaría para pasar un mes fuera

del poblado y se imaginó cientos de aventuras de lucha contra los guácaros mientras afilaba su cuchillo y lo ponía, junto a las demás herramientas, en el cinturón. Se colgó un arco de flechas del hombro y llamó a Imiu, que ya salía de su cueva con un bolso semejante al de Yacay y otro arco a la espalda.

–Vamos –se dijeron al unísono y partieron encantados, mientras Guimia los despedía con la mano desde la puerta de su cueva.

–Están convencidos de que lo van a pasar de maravilla –dijo Gaibor a sus amigos al verlos partir.

Todos rieron. En realidad, no había trabajo más aburrido en el pueblo que el de vigía.

8. Los Guácaros

Las montañas no eran demasiado altas, de modo que los dos amigos llegaron pronto al puesto de vigía. Se trataba de una cueva, oculta tras los arbustos, en la cima del monte más elevado. El viejo Loyon los recibió sobresaltado, apuntándoles con su arco, pero al reconocerlos bajó el arma y les preguntó, aliviado, a qué venían.

–Somos los nuevos vigías –explicó Imiu.

El viejo, sin preguntar nada más, entró a la cueva a

tomar sus cosas y salió enseguida.

–Tengan cuidado al buscar comida, –les advirtió– aquí solo encontrarán pájaros, pero si quieren algo más, traten de no alejarse mucho. Los guácaros han estado más cerca de lo habitual últimamente. Por eso el rey ha estado tan nervioso.

–¿Por qué no le han dicho nada de eso al resto del pueblo? –preguntó Imiu.

–Porque no se ven amenazantes, solo aparecen de vez en cuando allá abajo, recogen unas cuantas piedras y se devuelven. No creo que nos hayan visto y, como el viento corre hacia el otro lado, tampoco nos deben haber oído. ¿Para qué vamos a poner nerviosos a todos por nada?

Imiu no pareció compartir tanta calma, pero se quedó callado. Yacay comenzó a organizar sus cosas en la cueva.

–Adiós, Loyon –le dijo al anciano–. Nos veremos dentro de un mes.

–Adiós, muchachos.

El anciano se alejó. Vieron su pelaje gris bajando por entre las rocas un par de minutos y después quedaron completamente solos.

–Bueno, Yacay, ¿qué te parece si ordenamos los turnos para dormir y cazar? Traje algo de carne seca que durará un par de días, pero no sé qué puedes comer tú.

–Tengo muchas frutas secas y después atacaré los arbustos de allá abajo. Se ven bastante bien... –Imiu puso cara de asco y los dos rieron.

Esa noche no hicieron turnos, tenían tantas ganas de conversar que estuvieron despiertos hasta el amanecer, cuando ya desaparecían las estrellas. Yacay siempre escuchaba encantado todo lo que Imiu quería hacer cuando fuera rey. Le preguntó si habría castigado a los vigías por haber dado una falsa alarma.

–No creas que mi padre ha sido siempre tan gruñón,

Yacay –contestó Imiu–. Es cierto que castiga a la gente por poca cosa, pero antes tenía mejor carácter.

–¿Y qué le pasó?

–Como sabes, tuvo que comenzar a ser rey cuando era muy joven. Creo que tenía la misma edad que yo ahora. Mi abuelo murió pronto, porque de niño se hizo una herida que nunca sanó bien. Un guácaro lo mordió en el estómago durante la guerra.

–¿Tu abuelo estuvo en la guerra con los guácaros?

–Sí, claro, pero era muy pequeño. Casi no recordaba nada. Todo lo que sabemos es lo que contaban los más ancianos entonces. Ya no queda nadie más que la vieja Guimia, que también era niña cuando fueron las guerras. Nadie sabe por qué ella sigue viva. Algunos dicen que quizá toma alguna medicina misteriosa. ¡Es tan vieja que ni ella lleva la cuenta de sus años!

–¿Y qué pasó con tu padre?

–Ah, bueno, él estaba enamorado de mi madre, una maulliana blanca, preciosa, con la que se casó después

de empezar a ser rey. Cuando yo nací, vinimos los tres a las montañas, para que me conociera el vigía Imoyón, que era el mejor amigo de mi padre. Entonces, como estaban entretenidos conmigo, no vieron acercarse a dos guácaros y fuimos atacados. Mi madre e Imoyón murieron, igual que los dos guácaros. Mi padre salió con vida a pesar de que luchó conmigo en un brazo. ¡Siempre fue muy valiente y fuerte! Pero nunca recuperó la alegría después de eso. Yo lo quiero mucho, por eso me encantaría verlo reír a carcajadas alguna vez.

—Cierto. Siempre está tan serio... —Yacay bostezó.

—¡Qué feo bostezas, Yacay! ¡Parece que gruñeras!

—Yo no gruñí... —contestó Yacay, y un ruido de bestia sonó cerca de ellos.

Los dos tomaron sus cuchillos y se pusieron en guardia. El gruñido volvió a oírse, esta vez más cerca. Entre las rocas, detrás de ellos, una figura enorme y peluda se levantó del suelo. Tenía la cara alargada en la zona de

la boca, como el hocico de un animal, con unos colmillos enormes que sobresalían hacia abajo. Sus ojos eran completamente negros, como pupilas gigantes. Llevaba un enorme cuchillo en la mano, que más que una mano parecía una pata peluda, y vestía unos pantalones cortos de cuero que dejaban ver sus piernas torcidas hacia los lados. Todo su pelo era negro y opaco. Se veía muy sucio.

Imiu y Yacay se quedaron muy juntos, esperando que el extraño visitante los atacara. Lo miraban acercarse, lentamente, sin dejar de gruñir.

Yacay miró hacia abajo. Una hilera de figuras rodeaba el precipicio y se acercaba a las rocas del lado derecho, por donde seguramente había subido el guácaro que tenían enfrente ahora. Pensó cómo dar la alarma, y se recriminó mentalmente por haber dejado los arcos en la cueva. El intruso se acercaba más y más.

—¿Qué hacemos? —dijo la voz temblorosa de Imiu.

—Es extraño que no nos ataque. Debe estar esperando

algo –contestó Yacay–. Muévete despacio y sígueme.

Se acercaron muy lentamente a la entrada de la cueva. Yacay se agachó para tomar su lanza, que estaba apoyada en la roca. Entonces el guácaro gruñó más fuerte y saltó hacia ellos. Yacay levantó la lanza y el guácaro la tomó por el otro extremo. De un tirón, se la quitó de las manos. Su fuerza era sorprendente. Los dos tuvieron que apartarse cuando su enemigo comenzó a dar golpes con la lanza. Parecía no entender que era un objeto arrojadizo.

Yacay quedó subido sobre una roca, cuchillo en mano, mientras Imiu corrió hasta el otro lado de la cueva esquivando la lanza. Otro gruñido se escuchó en ese momento. Dos guácaros más aparecieron por la derecha.

Yacay lanzó su cuchillo a uno de ellos y le dio de lleno en el pecho. El guácaro cayó al suelo retorciéndose, mientras su compañero se abalanzó contra el joven volocordo y le agarró las piernas. Ambos rodaron rocas abajo hasta golpearse en el suelo, mientras Imiu saltaba de piedra en piedra, escapando del guácaro que lo perseguía

con la lanza de Yacay. Era mucho más lento que Imiu, pero tenía una fuerza descomunal. Si le hubiese tirado la lanza, de seguro Imiu no habría podido sobrevivir.

Yacay se encontró dando vueltas en el suelo con una masa peluda agarrada a sus piernas. Un grito de dolor se le escapó cuando sintió que unos colmillos se clavaban cerca de su rodilla. Alcanzó una piedra del suelo y golpeó a su oponente en la cabeza con fuerza. Los dientes aflojaron. Se arrastró mientras el guácaro se tocaba lo que pronto sería un gran chichón. Tomó un gancho de su cinturón y lo hizo girar en el aire, aferrando la cuerda que tenía atada. Cuando el guácaro se levantó, le lanzó la herramienta, que dio varias vueltas alrededor de él y lo dejó atado, con los brazos pegados al cuerpo. Yacay tiró de la cuerda con fuerza y el guácaro cayó. Entonces, mientras éste se debatía en el suelo, mordiendo las cuerdas, Yacay cojeó hasta él y lo empujó a patadas hasta el borde del precipicio. Cuando estaba a punto de lanzarlo hacia abajo, sintió a Imiu gritar a su espalda. Se dio

la vuelta y vio a su amigo en lo alto de una roca, justo cuando un guácaro alzaba las garras hacia él.

Cojeó todo lo rápido que pudo hacia la cueva a buscar su arco y sus flechas. El guácaro amarrado comenzó a liberarse y finalmente se puso de pie en el borde del acantilado. Yacay salió, en ese momento, y le disparó una flecha. El hombre-perro cayó precipicio abajo, mientras Yacay corría, con la rodilla adolorida, hacia las rocas de la izquierda. Cuando tuvo a tiro al guácaro que atacaba a Imiu, lanzó otra flecha. El monstruoso ser cayó de espaldas y volvió a levantarse, ahora mirando a Yacay. Tendió su garra hacia el volocordo, pero éste le lanzó otra flecha y, enseguida, otra más. El guácaro cayó al suelo, esta vez inmóvil para siempre.

Imiu bajó de la roca y corrió hacia Yacay gritando:

—¡Vienen muchos más! —y señaló hacia abajo.

Una cabeza peluda ya asomaba entre las rocas más lejanas.



–¡Vamos! –dijo Yacay corriendo de nuevo hacia la cueva.

Imiu lo siguió. Llenaron sus estuches de flechas.

Yacay lanzó la flecha roja hacia el poblado, justo antes de que un guácaro se le tirara encima. Imiu le clavó al monstruo una lanza en la espalda y Yacay se apartó justo a tiempo para no ser aplastado.

Los dos amigos vieron acercarse a seis guácaros más. Tensaron sus arcos y empezaron a disparar flechas, pero no bastaban ni una ni dos para derribarlos. Había que herirlos varias veces y aún seguían avanzando. Los amigos caminaban hacia atrás sin dejar de disparar flechas, pero pronto se dieron cuenta de que se acercaban peligrosamente al precipicio. Un paso más y caerían. Otros guácaros aparecieron por detrás de los que ya avanzaban. Parecían más de veinte. Pronto sería imposible dispararles. Estaban muy cerca.

Yacay lamentó no tener su cuchillo. Bajó el arco y

miró hacia el fondo del precipicio. Mientras Imiu seguía disparando, él sacó dos ganchos de escalar.

–Vamos Imiu, bajemos por aquí –gritó.

Ambos se dispusieron a descender por la pared de rocas, pero en ese momento una lluvia de flechas y piedras cayó en las espaldas de los guácaros. A grandes saltos, una docena de maullianos se acercaban por las rocas, armados con arcos y hondas. Cuando ya estaban cerca sacaron cuchillos y lanzas y comenzaron una batalla desigual. Cada guácaro se enfrentaba con dos o tres maullianos, quienes usaban más su agilidad para escapar de las garras que para luchar. Yacay e Imiu se levantaron, tomaron sus arcos y subieron a las rocas más altas. Confiando en su buena puntería, comenzaron a disparar a los guácaros, evitando alcanzar a sus amigos con las flechas.

Después de unos minutos, la pelea parecía estar a

favor de los maullianos. Sin embargo, detrás de Yacay, Imiu gritó muy fuerte. Un guácaro lo había agarrado por las piernas y estaba apunto de morderle el cuello. Yacay tomó una flecha con la mano y se la clavó en la espalda.

El guácaro gruñó furioso. Agarró el brazo de Yacay y, con una fuerza impresionante, lo levantó del suelo. Imiu tenía una pierna rota y no se podía levantar. Yacay sintió que lo alzaban en el aire e, inmediatamente, el guácaro hizo un movimiento hacia atrás con el brazo, como si Yacay no pesara, después lo balanceó hacia delante y lo lanzó por los aires, muy lejos, más allá del precipicio.

Una lluvia de flechas cayó entonces sobre el guácaro, que se desplomó encima de Imiu.

Yacay comenzó a caer. Sentía el viento fuerte en la cara. Caía y caía muchos metros. En medio de un grito desesperado, notó que se le abrían las alas. La caída se hizo más suave y, de pronto, se sintió sujeto por la corriente. Miró sobre sus hombros, extrañado, y vio sus rojísimas alas mucho más grandes de lo que había

imaginado jamás que fueran. Las plumas brillantes parecían bailar al viento, felices de cumplir al fin con su misión.

¡¡Yacay estaba volando!!

Al principio solo logró hacer un par de movimientos torpes, pero pronto pudo batir las alas. Al hacerlo sintió, entusiasmado, que cada vez se elevaba más de lo que hubiera podido imaginar. Podía seguir las corrientes deslizándose por las ráfagas de aire. El viento era como un amigo, un compañero que parecía haberlo estado esperando toda la vida. Con las alas extendidas se sentía enorme, poderoso y, a la vez, ágil y liviano. Gritos de felicidad escaparon de su garganta.

Con un nudo de emoción en el estómago, siguió moviendo las alas y se elevó más y más en el aire. Al mirar abajo vio que había dejado muy lejos la montaña y de repente recordó lo que estaba pasando allá. Giró en el aire

y se dirigió a toda velocidad hacia las rocas, donde aún los maullianos peleaban con los últimos guácaros. Pasó rozando el suelo y tomó su arco y sus flechas.

–¡Corran! –les gritó desde arriba a sus amigos.

Ellos miraron hacia el cielo impresionados y él comenzó a tirar flechas.

Los maullianos corrieron montaña abajo mientras Yacay disparaba una flecha tras otra. El estuche colgaba de su cinturón y bailaba al viento. Los guácaros que quedaban huyeron despavoridos hacia el otro lado. Gritos de victoria se empezaron a escuchar entre los maullianos.

Yacay se acercó a Imiu, que yacía sujetando su pierna y lo alzó del suelo con fuerza. Imiu gritó asustado, pero después volvió a gritar lleno de entusiasmo:

–¡Yacay! ¡¡¡Estamos volando!!!

Las alas rojas se movían pausadas y libres. En unos minutos llegaron al pueblo y cayeron rodando por el suelo. Un grupo de maullianas se acercó a recibirlos, corriendo y gritando sus nombres, mientras los demás llegaban a saltos montaña abajo.

–¡Ratas, Yacay! Tienes que aprender a aterrizar –le dijo Imiu a su amigo y los dos se abrazaron en el suelo riendo.

Cuando Yacay e Imiu alzaron la vista, los maullianos habían hecho un pasillo frente a ellos. El rey, que acababa de bajar de las montañas, estaba al otro lado del pasillo. Tanto él como el resto de los maullianos jadeaban todavía por el esfuerzo y la loca carrera.

El rey avanzó hacia los muchachos. Yacay se puso de rodillas e Imiu intentó hacer lo mismo, pero se quedó sentado, con su pierna cada vez más adolorida.

Para sorpresa de todos, el rey hizo una reverencia

ante los dos muchachos.

–Saludos, vigías Imiu y Yacay, el pueblo maulliano les debe una victoria. Son ustedes valientes guerreros y grandes estrategas. Gracias, en nombre de todos.

–¡Bravo! ¡Viva! –gritaron los del pasillo.

–¡Silencio! –se oyó la voz del rey por encima de todos–. Ahora no es momento de celebraciones. Los guácaros volverán y en mayor número. Tenemos que dejar el poblado. Como han visto, apenas podemos con unos cuantos. Vendrán cientos de ellos. Prepárense todos. Huiremos. Invito a los ancianos y guerreros a consejo ahora mismo en mi cueva.

–Gran rey –dijo Yacay entonces y todos lo miraron–, tengo algo que sugerir... ¿podría asistir al consejo?

–Tú eres parte de mis guerreros, Yacay. Vayan los dos con Guimia y después vengan a mi cueva.

Era la primera vez que Molion lo llamaba Yacay.

Cuando Yacay e Imiu salieron de la cueva de Guimia,

el consejo llevaba un buen rato discutiendo. Imiu cojeaba, apoyado en su amigo, con la pierna envuelta y sujeta por tablillas. Estaba algo mareado por las medicinas de la anciana, pero no sentía ningún dolor. Yacay estaba casi curado de la mordedura, gracias a los cuidados de la eficiente curandera. Solo un parche atado a su rodilla le recordaba que había sido atacado.

Ya cerca de la cueva del rey escucharon a Gaibor y los demás, junto a los ancianos, en acalorada discusión. Unos gritaban que había que ir hacia el este y otros que había que ocultarse al otro lado del río. Cuando los muchachos entraron, todos se volvieron a mirarlos. Yacay ayudó a Imiu a sentarse y se quedó de pie a su lado. Un silencio se apoderó del lugar.

–Saludos, gran rey. Saludos, guerreros –dijo Yacay, algo nervioso–. Quiero proponerles algo.

–Habla –dijo Molion asintiendo con la cabeza.

Yacay comenzó a hablar:

–Es cierto que solos no podemos luchar contra los guácaros. Hemos visto hoy que unos pocos de ellos nos han causado muchos daños –miró a varios de los presentes, que tenían heridas y parches–. Sin embargo, no podemos huir para siempre. He escuchado que los guácaros tienen muchos hijos y cada cierto tiempo necesitan abarcar nuevos territorios, porque los que tienen ya no alcanzan para todos. Si huimos, tarde o temprano nos alcanzarán de nuevo y tendremos que seguir huyendo.

–Pero tardarán varios años en alcanzarnos –dijo uno de los guerreros.

–Pero nos alcanzarán –insistió Yacay–. Necesitamos trabajar juntos. Los guácaros son muy fuertes, pero no tienen agilidad. Casi todos ustedes saben escalar árboles y corren con mucha rapidez. Los guácaros atacan con cuchillos y piedras, pero, por lo visto, no conocen las flechas o las lanzas. Hay que atacarlos desde lejos, desde

arriba. Nunca cuerpo a cuerpo.

Un murmullo siguió a las palabras de Yacay.

–Podemos subir a los árboles, pero son muchos más que nosotros. Acabarían talándolos –dijo otra voz.

–Sí, a menos que ustedes pudieran volar –dijo Yacay, provocando otro murmullo con algunas risas.

–Yacay, fue de mucha ayuda que volaras hoy, pero solo tú puedes hacerlo –dijo el rey.

–No, gran rey, puedo hacerlo yo y pueden todos los volocordos. Propongo que nos unamos a ellos contra los guácaros...

De inmediato, varias voces escandalizadas gritaron a la vez en desorden:

–¡Está loco!

–¡Los volocordos no luchan!

–¡Jamás nos ayudarían!

Imiu miró a Yacay con lástima. Sabía que su sueño era unir a los dos pueblos, pero siempre lo había considerado poco realizable, a pesar de que a él también le gustaba la idea.

–¡Escúchenme! –gritó Yacay en medio de todos–. Los guácaros llegarán también algún día al Gran Bosque si no los detenemos. Hay que lograr que prefieran otras tierras, darles un gran susto. Gaibor, Laia y los que me trajeron aquí conocen el camino. Yo puedo hablar con los volocordos. Si no me escuchan, volveremos y huiremos como siempre. Solo necesitamos un día para llegar. Pero si los volocordos aceptan, pienso que tenemos asegurada la victoria. ¿Qué perdemos intentándolo?

–Podemos perder una guerra, Yacay. En la guerra muchos mueren –dijo el rey haciendo callar a todos–. Sin embargo, creo que podríamos huir hacia el oeste, hacia

el Gran Bosque. Yacay puede llegar volando mucho más rápido que cualquiera de nosotros. Irá primero y un grupo lo seguirá y se ocultará hasta que él dé la señal. Si ha logrado, en un día, que los volocordos lo escuchen y lo apoyen, llevaremos a cabo el plan. Si no, nos instalaremos aún más lejos, en esa dirección, al otro lado del Gran Bosque, de modo que serán los propios volocordos los que den la señal de alarma la próxima vez que se acerquen los guácaros. ¿Voluntarios para esta misión?

Varias manos se alzaron. Gaibor, Linco y Lancio se ofrecieron inmediatamente. Laia los siguió. Pronto otras tres manos estaban en el aire. Imiu levantó la mano, pero el rey le señaló su pierna entablillada y negó con la cabeza.

–Tú me ayudarás a evacuar el pueblo –le dijo.

Todos salieron del recinto. Un grupo de jóvenes sacaba armas de la Cueva Profunda. Varios se dispusieron

a ayudar, mientras el resto entraba y salía de las cuevas, sacando bolsos y juntando a los niños. Guimia había apilado un montón de ollas y tiestos a la entrada de su casa.

–Bien, Yacay –dijo Gaibor–, tendrás que volar muy rápido, amigo. Debes seguir el curso del río. Verás que los árboles se hacen más grandes cada vez. Los de los volocordos son aún más grandes que todos los demás, se divisan desde muy lejos. Nosotros te seguiremos. Buena suerte.

–Buena suerte, Gaibor –dijo Yacay y ambos rozaron sus cabezas.

Yacay se dirigió a los árboles quemados. No sabía cómo elevar el vuelo, de modo que lo único que pensó fue lanzarse desde lo más alto que pudiera encontrar. Sin embargo, al subir hasta la copa del árbol más grande, sintió que necesitaba mucha más distancia para abrir las alas. Cuando lo lanzaron por el precipicio, había caído muchos metros más antes de que se abrieran. Temiendo

lo peor, llenó de aire sus pulmones, preparó un gancho con cuerda por si no lograba volar y se dijo “Buen viento, Yacay, tienes que lograrlo”.

Saltó. Comenzó a caer a toda velocidad. Se concentró con todas sus fuerzas en abrir las alas. “Vamos, vamos”, dijo un par de veces. Gotas de transpiración caían por su frente. Sintió el viento en las plumas de su cabeza. Hizo un esfuerzo más, se vio a un par de metros del suelo y, entonces...

–¡¡¡¡Sí!!!! –gritó.

Sus alas se habían abierto justo a tiempo. Las movió con todas sus fuerzas y se elevó rápidamente. No pudo evitar un grito de alegría, mientras los maullianos lo despedían desde abajo con las manos.

–¡Buen viento a todos! –saludó desde el aire sintiéndose, por primera vez, un verdadero volocordo.

9. En busca de los Volocordos



Yacay voló y voló durante horas. A medida que avanzaba, descubría nuevos movimientos. Giraba en el aire, subía y bajaba por las corrientes, planeaba imitando lo que había visto hacer tantas veces a sus amigos en el Gran Bosque. Un montón de recuerdos empezaron a dar vueltas en su cabeza a medida que se acercaba.

Más tarde el cansancio lo obligó a disminuir su velocidad. Había anochecido. Necesitaba detenerse, pero no sabía si encontraría otro lugar desde donde lanzarse una vez más. Miró en todas direcciones. Iba volando muy,

muy alto. Todo parecía pequeño desde allí. ¿Cómo distinguir cuáles eran los árboles más grandes, si todo parecía una gran masa verde y oscura? Se dio cuenta de que nunca había visto a un volocordo llegar tan alto. Pensó que era su falta de experiencia y comenzó a descender.

Al acercarse a los árboles, notó que eran más grandes que los que había visto al principio y que tenían las hojas plateadas. Bajó hasta la copa del más alto y se agarró de una rama. Plegó las alas y quedó colgando. “Imiu tiene razón”, se dijo, “tengo que aprender a aterrizar”.

Se agarró con un gancho y quedó sentado en lo más alto del árbol. Jadeaba agotado. No creía tener más energías para seguir volando. Cuando recuperó un poco la respiración, se quedó escuchando el río, que corría tranquilo allá abajo, bien lejos. Estaba todo tan oscuro que no podía verlo. Lamentó no tener la visión nocturna de los maullianos.

Recordó el día en que lo habían atrapado. Nunca había podido olvidar la cara de su madre. Había aprendido



a encontrar la belleza de las caras maullianas, con sus pelajes manchados o lisos, siempre brillantes. Sin embargo, no le parecían tan hermosas como las celestes caras volocordas, con plumas en la cabeza, con los ojos dorados o rojizos y pupilas redondas, con la nariz fina y las mejillas suaves... Se dio cuenta de que, en realidad, estaba más nervioso por ver a su pueblo que por la guerra. Sabía que convencerlos no sería nada fácil. Siempre habían temido a los maullianos y los consideraban verdaderos monstruos. Tenía que darse prisa.

Se puso de pie sobre el árbol. Esta vez no había mucho espacio abajo para lanzarse. Caería golpeándose entre las ramas. Cambió de idea. Tomó un gancho con cuerda y lo agarró de una rama saliente. Se colgó y comenzó a balancearse con fuerza. Cuando ya sobrepasaba la altura del árbol, soltó la cuerda y salió despedido hacia arriba. Con todas sus fuerzas, abrió las alas cuando comenzaba a caer. Rozó con las piernas algunas ramas, pero pudo sostenerse en el aire.

–¡Ratas! –exclamó– ¡No solo aterrizar es un problema!

No tuvo que avanzar mucho para alcanzar una gran altura. Trató de no elevarse demasiado, para ver bien los árboles. Seguía el ruido del río. Voló hasta el amanecer. El corazón comenzó a latirle más fuerte: un cuerno de alarma sonó entre los árboles. Un grupo de volocordos con plumas de vivos colores elevó el vuelo a lo lejos. Eran los vigilantes. Yacay descendió varios metros para quedar frente a ellos.

Con un nudo en el estómago, mientras bajaba, gritó: “¡Buen viento!” Aunque no obtuvo respuesta. Todos lo miraban de una manera extraña, como atemorizados y sorprendidos. Todo el pueblo se estaba reuniendo abajo, en el claro junto al río, y observando a Yacay.

–Buen viento, amigos –volvió a decir Yacay, tratando de mantenerse quieto en el aire.

–¿Quién eres? Nunca hemos visto a nadie volar tan

alto como tú –dijo uno de los guardias, con tono hostil.

–Soy Yacay, hijo del rey Coron y la reina Nira –contestó con orgullo Yacay.

Varias voces abajo exclamaron “oh” y “ah” y enseguida se oyó un murmullo.

–Bienvenido, Yacay –dijo otro de los guardias y le hizo un gesto para que bajara al medio del claro.

Los guardias descendieron con movimientos elegantes y pausados. Yacay se dejó caer lo mejor que pudo. Sus alas eran notablemente más grandes que las de todos los presentes. Llegó al suelo con un golpe seco y rodó un par de metros, enredado en las alas. Hubiese querido hacer una entrada más digna de un hijo de reyes, pero se conformó con levantarse y sacudirse el polvo lo más rápidamente posible.



–Vuela más alto que nadie, mira qué alas tan enormes –dijo una voz.

–Sí, pero casi se mata por solo bajar al suelo –dijo otra.

–¿Escuchaste? ¡Es Yacay! –dijo otra voz más lejos–
¡No lo mataron los maullianos!

–¿Dónde habrá estado todos estos años?

–¿Por qué habla tan raro?

–¡Habla como maulliano!

El murmullo creció y creció, hasta que, de golpe, todos se quedaron mudos. Un hombre maduro, de plumas rojas, avanzó en medio del grupo y se plantó frente a Yacay.

–Buen viento, hijo mío –dijo tendiendo los brazos hacia él.

–Buen viento, padre –dijo Yacay casi sin voz por la emoción.

Ambos se abrazaron mientras el grupo estallaba en

gritos de alegría y aplausos.

–¡Haremos una gran fiesta! –gritó el rey sin soltar a su hijo. ¡Hay que cele...

–¡No, padre, no hay tiempo! –lo interrumpió en medio del alegre griterío– necesito hablar con todos. Estamos en peligro.

A duras penas lograron entre los dos hacer silencio en la multitud. Yacay se subió a un tronco hueco que había en el suelo y gritó con todas sus fuerzas:

–¡Escúchenme todos...!

Pero no pudo continuar, porque en ese momento reparó en una mujer de plumas azules que se acercaba corriendo. Quedó mudo hasta que ella llegó a su lado. Era la reina Nira, que, con lágrimas en los ojos, tomó su mano y lo bajó del tronco, para estrecharlo en un gran abrazo.

Todos se fueron acercando a saludarlo. Ahí estaban Suri y Tolbon, con los demás niños de antes, que ahora se veían muy cambiados, adultos. Algunos iban de la mano, como parejas. Varios tenían hijos.

Un par de mujeres volocordas le ofrecieron frutas



frescas. Yacay las devoró con avidez. Hacía tantos años que no comía algo tan delicioso que, por un rato, se olvidó de todo.

En medio de la alegría, un segundo corno de alarma dejó a todos paralizados.

–¡Maulianos! –gritó una voz desde lo más alto.

Todos volaron a refugiarse en los árboles, pero Yacay los contuvo.

–Tranquilos, son amigos –dijo, ante la perplejidad de todos.

Gaibor y los demás se acercaban al claro del bosque. A una señal de Yacay, se detuvieron en seco.

Todos vieron desde las ramas cómo Yacay se acercó a los recién llegados y les habló en voz baja. Nadie se atrevió a emitir ningún sonido, excepto el viejo Raico,

que observaba desde su ventana, y dijo para sí:

–Él es el Hijo de Reyes que estaba esperando. Ahora puedo morir tranquilo.

–No les harán daño –gritó Yacay para que todos oyeran–. Son mis amigos. Necesitamos hablar con ustedes.

Entonces, tímidamente, los volocordos empezaron a descender. Hicieron un círculo alrededor del grupo, pero sin acercarse demasiado.

Yacay les explicó que había vivido con los maullianos todos esos años, que lo habían acogido entre ellos como uno más y le habían enseñado muchas cosas. Que los dos pueblos no tenían por qué ser enemigos y que venían en son de paz. Después les contó quiénes eran los guácaros y les relató el ataque sufrido el día anterior.

–Tarde o temprano llegarán hasta aquí –dijo al terminar– y ustedes solos no podrían vencerlos, igual que

no pueden los maullianos. Tenemos que unirnos para echarlos lejos de aquí. Solo así podremos vivir en paz.

Después de un largo silencio, el rey Coron dijo:

–Sabes bien que no somos un pueblo guerrero y tampoco hemos confiado nunca en los maullianos. Te robaron de nuestro lado y echaron a nuestros hermanos blancos de sus árboles allá, cerca de las montañas.

–Pero eso era antes, padre, ahora todo será distinto. Podemos luchar juntos y defender nuestros territorios de los guácaros. Los maullianos nunca volverán a hacerles daño –insistió Yacay.

Hubo otro gran silencio. Todos miraban al rey. Los volocordos, a diferencia de los maullianos, no se reunían en consejo para tomar decisiones. Lo que dijera el rey, sería definitivo. Era una gran responsabilidad para una sola persona. Por eso Yacay sabía que tendría que

convencerlo a él antes que a nadie.

–Ustedes no tendrán que usar armas si no quieren hacerlo –dijo entonces para tratar de calmar los ánimos. Solo les pido que escuchen mi plan.

Entonces todos se sentaron y Yacay les explicó lo que había pensado. Al cabo de un par de horas de discusión, el rey Coron se levantó y dio su aprobación. No había tiempo que perder. Era posible que incluso, a esas horas, los guácaros estuvieran atacando el poblado maulliano.

Yacay, junto con los cuatro volocordos más veloces, se dirigirían a las montañas para guiar a los maullianos a refugiarse en el Gran Bosque. Gaibor, Laia, Linco, Lancio y los demás se quedarían para enseñar a los volocordos las maniobras necesarias y fabricar las nuevas herramientas que harían falta.

Por el camino, Yacay tuvo que hacer esfuerzos para volar más bajo, de manera que los otros pudieran

seguirlo. Antes de partir, ellos le enseñaron algunos movimientos que facilitarían su aterrizaje y después lo levantaron entre varios, hasta lo más alto que pudieron, para soltarlo de golpe y permitir que sus enormes alas se extendieran con libertad. Yacay se sintió más apoyado y seguro que nunca.

Durante varias horas de vuelo no dejaron de preguntarle cosas sobre su vida con los maullianos. Tuvo que explicarles cómo se usaba un arco, qué eran las lanzas y cómo dolía el estómago cuando se intentaba comer carne. Todos encontraban muy graciosa su manera de hablar, alargando las palabras. Yacay recordó que le había llamado la atención la lengua de los maullianos en un comienzo. Supuso que la había adquirido con el tiempo.

Cuando llegaron a las montañas, el pueblo parecía desierto. Había anochecido. Entre las sombras se movían dos figuras. Al acercarse, tuvieron que esquivar una pedrada. Las figuras eran dos guácaros.

10. Una carrera desesperada

Yacay miró ansioso en todas direcciones. No había ni rastro del pueblo maulliano. Elevó el vuelo hasta alejarse varios metros sobre sus compañeros y entonces vio que algo se movía en las ramas de los árboles quemados. A su señal, los volocordos lo siguieron. Encontraron a los maullianos entre las ramas, todos con bolsos a la espalda y los arcos tensos, listos para disparar. Abajo, junto a los troncos, grupos de guácaros hacían esfuerzos por escalar, pero no lograban más que arañar los árboles.

Los maullianos recibieron con gritos de auxilio a los volocordos. Yacay tomó un arco y entregó ganchos con cuerdas a sus compañeros. Mientras tanto, Imiu les explicó que el resto de los guácaros había vuelto a subir las montañas, que probablemente buscarían refuerzos y vendrían en grandes grupos. Les contó que habían tenido que subir a los árboles poco después de que Yacay se marchara. Desde las ramas habían derribado varios enemigos, pero no tardarían en llegar más y más.

Yacay y los demás volocordos descendieron con las cuerdas listas. Volaron a toda velocidad alrededor de los troncos y así dejaron a los guácaros atados a los árboles, sin poder escapar, aunque no durarían mucho tiempo prisioneros. Los maullianos se lanzaron hacia abajo. Desde las ramas más bajas, saltaban esquivando las dentelladas de los guácaros y corrían hacia el bosque. A pesar de lo cansados que estaban, sorprendieron a los volocordos por su rapidez y agilidad.

Unos cuantos guácaros se asomaron desde las

montañas cuando todavía quedaban algunos ancianos sobre los árboles. Yacay y los demás volocordos los ayudaron a bajar, gritando todo el tiempo para que se dieran prisa.

Yacay disparó flechas a los guácaros que se acercaban. Dos volocordos tomaron por la cintura a Imiu, que aún tenía la pierna entablillada, y lo fueron a dejar al bosque, pero él les pidió que lo acercaran a Yacay y, sujeto en el aire por los emplumados jóvenes, disparó flechas certeras a los guácaros.

Otros volocordos ayudaron a los ancianos a descender y pronto el pueblo entero corría y saltaba a toda velocidad por el bosque, siguiendo a sus nuevos aliados voladores.

Yacay e Imiu dejaron de disparar y se unieron a la loca carrera de todos, siguiendo el río, a oscuras, hacia el Gran Bosque. Los guácaros, aunque eran más lentos, venían detrás furiosos. Había que sacarles ventaja.

Durante varias horas corrieron los maullianos a grandes zancadas entre los árboles. Los guácaros habían



quedado tan atrás que ya no se escuchaban sus gruñidos. Sin embargo, nadie se atrevía a descansar. Los volocordos se turnaban para llevar a los niños y, a ratos, a los ancianos. Yacay se adelantó para ir a buscar ayuda.

Cuando ya estaban cerca, los que iban más adelantados vieron acercarse a un gran número de volocordos. De dos en dos, tomaban un maulliano y volaban con él hasta el claro junto al río. Unas horas más tarde, todos estaban exhaustos, sentados en círculo, masticando carne seca y bebiendo el agua que las volocordas les acercaban en cuencos.

Yacay notó que el rey Molion no estaba. También faltaban otros cuatro maullianos. Imiu le explicó, muy triste, que habían muerto tratando de detener a los guácaros para que el resto del pueblo subiera a los árboles. Yacay le dio unas palmadas en el hombro y le dijo con ternura:

–Saludos, gran rey Imiu.

–Saludos, guerrero Yacay –contestó Imiu, muy serio.

Luego el nuevo rey maulliano se subió en el tronco hueco para hablar a la multitud.

–¡Buen viento, pueblo volocordo! –dijo Imiu–. En nombre de los míos, les doy las gracias por habernos acogido y les pido perdón por todas las veces que les causamos algún daño. Bajo el reinado de mi padre, nos llevamos a Yacay para poder escapar de aquí. Entonces éramos enemigos. Yacay nos enseñó a subir a los árboles y, gracias a él, todo el pueblo se ha salvado de los guácaros. Yo le prometí a él, y ahora les prometo a todos ustedes, que mientras sea rey, los maullianos seremos sus amigos y aliados. Nunca enemigos.

Vitores y aplausos se escucharon entre los dos pueblos. Yacay se subió al tronco junto a Imiu.

–Maullianos y volocordos –gritó entre los aplausos–, ahora no tenemos tiempo que perder. Los guácaros se

acercan por el bosque. Ruego a los ancianos que cuiden a los niños y los mantengan en los árboles. A todos los demás, les pido que se preparen para defender el Gran Bosque con fuerza y valor.

Nuevos aplausos y gran movimiento siguió a estas palabras. Niños y ancianos se dirigieron a los árboles, guiados por algunos volocordos. Gaibor y el rey Coron subieron al tronco. Yacay dijo algo al oído de Imiu y éste hizo una reverencia ante Coron. El rey asintió con la cabeza y luego miró a Gaibor y volvió a asentir. Entonces Gaibor se dirigió a la multitud:

—Junto a Vol Coron hemos desarrollado una estrategia. Quiero pedirles a todos que escuchen con atención, para que sepan qué hacer en cada momento.

11. La batalla de las trampas

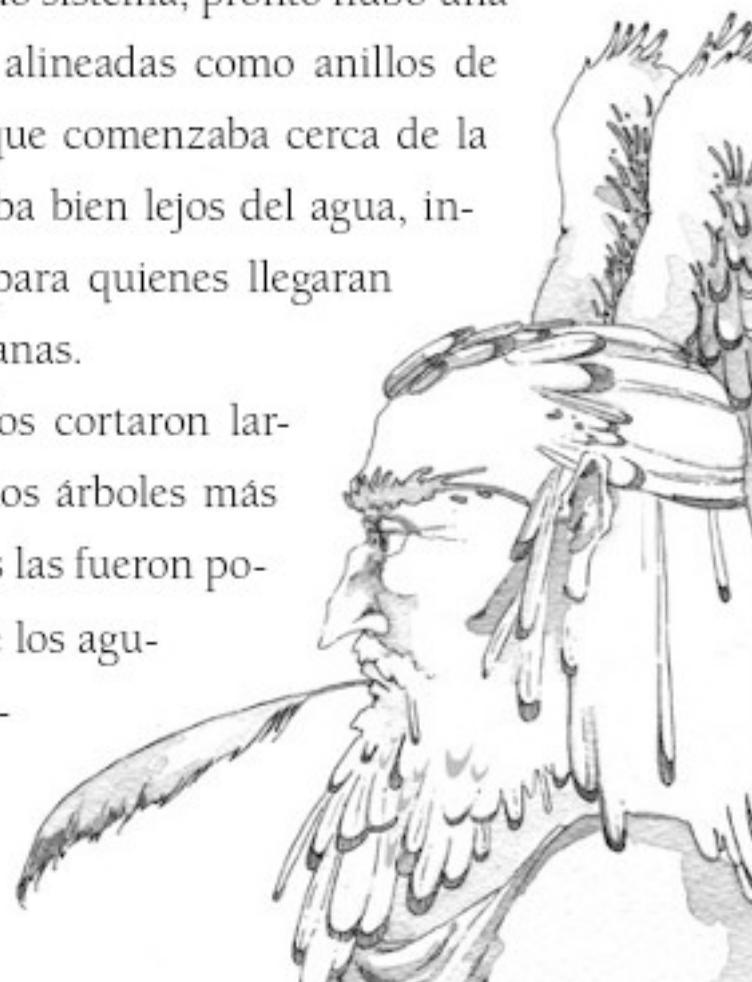
Como buen guerrero maulliano, Gaibor sabía que una de las pocas ventajas con que contaban frente a los guácaros era la posibilidad de elegir el lugar del enfrentamiento. Lo más importante era luchar lejos del hogar, para que las casas, los niños y los ancianos se mantuvieran fuera de peligro. Por eso propuso al rey Coron salir al encuentro de los hombres-perro en lugar de esperarlos. Absolutamente de acuerdo con él, aunque con mucha menos experiencia en luchas y batallas, el rey dejó que su antiguo enemigo lo guiara por el fascinante y a la vez

inquietante mundo de la estrategia de batalla. Su pueblo carecía de la astucia de los maullianos, acostumbrados a cazar. Las plantas no salían corriendo cuando sospechaban que les iban a cosechar los frutos; muy por el contrario, parecían incluso agradecidas cuando sus ramas estaban demasiado cargadas y, al liberarlas, se elevaban alegres y livianas de nuevo, listas para la próxima estación. Por eso, la idea de hacer una trampa o engañar a un enemigo eran absolutamente desconocidas para los volocordos y, en cambio, significaban la diferencia entre la vida y la muerte para los maullianos. Así fue como la propuesta de Gaibor dejó perplejo al buen rey Coron... y fascinado.

Con cuanta herramienta encontraron, maullianos y volocordos avanzaron raudos hasta alejarse algunos kilómetros del Gran Bosque, devolviéndose hacia el lugar donde los árboles ya no eran tan grandes, calculando que los guácaros tendrían que pasar por ahí si continuaban la persecución. Estaba casi a medio camino entre el

Gran Bosque y las tierras ahora ocupadas por los hombres-perro. Una vez elegido el lugar, con su fuerza y agilidad impresionantes, los maullianos cavaron profundos y anchos agujeros en el suelo, mientras los volocordos recogían cestas y más cestas con la tierra que salía de ellos y se la llevaban volando para descargarla al otro lado del río, donde no despertara sospechas. Gracias a este agotador, pero rápido sistema, pronto hubo una hilera de excavaciones alineadas como anillos de una serpiente gigante que comenzaba cerca de la orilla del río y terminaba bien lejos del agua, interrumpiendo el paso para quienes llegaran desde las tierras maullianas.

Luego los volocordos cortaron largas y finas varillas de los árboles más jóvenes y los maullianos las fueron poniendo ordenadas sobre los agujeros, de modo que quedarán tapados. Sobre



estas finas ramitas, entre todos echaron hojas y tierra, hasta que se camuflaron lo suficiente como para no ser vistas por una horda de brutos a la carrera. Aunque para un ojo crítico de cazador habrían sido muy malas trampas, el tiempo era poco y había que terminar rápido.

Cuando estaban tapando la última trampa, ya había oscurecido y fue necesario encender antorchas, lo que era bastante peligroso, pues en esta parte del bosque, menos espesa, podrían ser vistas a larga distancia. Por suerte aún no se sentían ruidos ni olores extraños y la vista privilegiada de los maullianos a esas horas no captaba movimientos peligrosos.

Terminado este trabajo, todos se subieron a los árboles. Los maullianos tenían listos arcos y hondas. Los volocordos sujetaban las enormes cestas para frutas. Varios maullianos tenían cinturones de herramientas como el de Yacay. Él llevaba colgando del suyo un estuche de flechas y, en la mano, un arco. A su lado, Imiu sujetaba otro arco y de su espalda colgaba otro estuche lleno de flechas.

Pasaba el tiempo y el silencio comenzó a romperse. Los guácaros tardaban mucho en llegar, de modo que todos se habían puesto a conversar entre las ramas. Volocordos y maullianos compartían nervios, pero también conocimientos. Era extraño ver a seres tan distintos preguntándose sus nombres y haciéndose bromas. Algunos volocordos imitaban las palabras alargadas de los maullianos y reían divertidos. Varios maullianos tocaban con curiosidad las plumas de colores de sus nuevos aliados. El ambiente comenzaba a relajarse.

Yacay mostró preocupación porque hacían mucho ruido. Pero Imiu lo calmó:

—Amigo mío, pase lo que pase ahora, nuestro sueño está cumplido. ¡Míralos! Nuestros pueblos están juntos, conversando y compartiendo ramas, herramientas y hasta miedos. ¡Nunca más seremos enemigos!

Yacay sonrió y miró a su padre, que estaba en una rama cercana conversando animadamente con Gaibor.

Nada más lejos de su expresión que la furia del momento en que ese mismo maulliano, amenazante y temible, lo había separado de su hijo. Yacay suspiró profundamente.

–Tienes razón, Imiu –dijo y bostezó.

Se sentía muy cansado. Llevaba dos días sin dormir y había viajado más que en toda su vida. Apoyó la cabeza en el tronco y cerró los ojos. Varios maullianos habían hecho lo mismo. Estaba amaneciendo.

Algo lo despertó de golpe. Un cuerno de alarma sonaba sin cesar. En las ramas todos se movían nerviosos. Algunos gruñidos venían desde lejos. El sol ya brillaba bien alto en el cielo.

Yacay se levantó veloz y preparó una flecha mientras hacía un gesto a los que estaban más cerca para que se mantuvieran alerta y sin hacer ruido. La orden se repitió con mudas señales entre las ramas y el silencio fue total. Casi se podían oír los corazones latiendo a toda

velocidad. Una suave brisa traía un olor penetrante a pelo sucio, lo que anunciaba la venida de muchos, muchísimos guácaros. Eternos minutos más tarde se vieron las primeras patas torcidas y los primeros brazos peludos. No se movían con ningún orden lógico, casi no parecían un grupo. Unos guácaros caminaban hacia un lado y otro, olisqueando sin cesar, y otros avanzaban derecho hacia adelante o en diagonal. Continuamente chocaban entre ellos y se gruñían mutuamente. Algunos lanzaban dentelladas amenazantes a sus compañeros. Pero en medio del desorden, casi por casualidad, seguían avanzando.

El plan era esperar a que cayeran en las trampas para disparar flechas y piedras desde los árboles. Era difícil superar la tentación de empezar a disparar enseguida, sintiendo cada vez más cerca la terrible presencia de esos monstruos primitivos, apenas vestidos con un pantalón corto y maltrecho y muchos sin siquiera eso. Estaban tan cerca que desde los árboles se podían ver

sus colmillos salientes y sus narices húmedas en la punta de los horribles hocicos. Los corazones de maullianos y volocordos se aceleraban por momentos.

De pronto sonó un chasquido y todas las miradas se dirigieron hacia allá. Una hedionda pata había pisado las ramitas camufladas con hojas. Los que esperaban sobre los árboles dejaron de respirar, atentos, tensos. Todo estaba en juego. “Chac, chac, chac”, empezaron a sonar otras ramas rotas y pronto se escucharon varios gruñidos y aullidos de guácaros hundiéndose en los agujeros, tropezando y derrumbándose. Los que venían detrás, con poca inteligencia, también caían en las trampas.

Yacay disparó su arco y una lluvia de flechas siguió a la suya. Varios guácaros cayeron al suelo y otros a las trampas, en una confusión de gritos, rugidos, manotazos y dentelladas. Algunas exclamaciones ahogadas de triunfo se escaparon entre las ramas, pero no duraron mucho. A pesar de la lluvia de flechas y piedras que estaba recibiendo, el grupo de hombres-perro no se

detenía. Algunos, que habían pasado entre dos trampas, ya se acercaban a los árboles y lanzaban manotazos tratando de atrapar a maullianos y volocordos. Con fuerza descomunal sacudían los troncos, a punto de hacer caer a varios. Los de arriba tuvieron que concentrar sus flechas y piedras en estos guácaros de avanzada para no caer de los árboles y pronto las trampas se llenaron hasta los topes de guácaros y dejaron de ser útiles. Los que venían detrás pasaron por encima de sus compañeros, pisoteándolos sin piedad, y continuaron la marcha hacia el Gran Bosque. Con desesperación, Yacay dio la orden de realizar la siguiente maniobra.

Casi todos los maullianos se metieron en las cestas de frutas y los volocordos las elevaron por los aires. Los maullianos disparaban sujetos por los volocordos, que volaban muy bajo, sobre las cabezas de los guácaros. Era difícil derribar a estos poderosos seres malolientes, porque no bastaban ni una ni dos flechas, ni una ni dos piedras: había que descargar las armas sobre ellos con



fiereza para dejarlos apenas atontados. A pesar de que muchos cayeron, era evidente que las fuerzas de maullianos y volocordos, aún en equipo, no eran suficientes para detenerlos. Un par de cestas se habían volteado dejando indefensos en el suelo a dos maullianos que ahora esquivaban con sus mejores movimientos los manotazos y las mordidas de los guácaros. Los volocordos lanzaban piedras con las manos, porque no sabían usar las

hondas y menos los arcos.

Yacay pidió que lo ayudaran a elevarse y, con la ayuda de otros dos volocordos que lo levantaron por los aires, se puso a volar más y más alto, por encima de todos, para observar desde arriba la situación y calcular las posibilidades de éxito. Su padre, en medio de la batalla, levantó la vista durante un segundo y lo miró orgulloso. “Él era el Hijo de Reyes, al fin y al cabo”, pensó Vol Coron con una sonrisa y luego continuó llenando una cesta con piedras del río y la llevó hasta las ramas, desde donde empezó a arrojarlas con todas sus fuerzas.

Pero allá arriba Yacay no veía un panorama muy alentador. Los guácaros seguían llegando. Parecían miles. Una verdadera marea de monstruos peludos y malolientes se acercaba por el bosque. Eran demasiados. No había suficientes flechas ni piedras para todos. Más aún teniendo en cuenta que había que dispararles varias veces para que cayeran. Yacay se sintió desfallecer de miedo. Nunca imaginó la cantidad de guácaros con los

que habría que luchar.

Se acercó a los volocordos que llevaban a Imiu, les quitó la cesta y subió con él a lo más alto. Imiu pudo ver la mancha oscura de guácaros acercándose lentamente.

–¡Son demasiados! –gritó el rey maulliano.

12. Guácaros en el Gran Bosque

Yacay e Imiu dieron algunas vueltas sobre el campo de batalla calculando las posibilidades.

–Me temo que tendremos que dejarlos pasar –dijo Yacay mientras descendían.

–¡Perderemos el Gran Bosque!

–Cierto, pero pienso que si logramos llevarnos a los niños y los ancianos al otro lado del río, podemos defendernos desde allá. Los guácaros tardarán más en cruzarlo a nado que nosotros volando y eso nos dará

una ventaja. Además, si les disparamos mientras nadan, tal vez tengamos la suerte de que algunos se ahoguen...

—Déjanos a los maullianos disparando desde la otra orilla y mantén a los volocordos a este lado, tratando de evitar que lleguen al Gran Bosque. Ustedes desde el aire son menos vulnerables y nosotros tenemos mejor puntería para disparar desde lejos.

—Buena idea, Imiu. ¡Vamos!

Yacay bajó hasta el agua y dejó que Imiu descendiera al otro lado del río. Luego se acercó al guardia encargado del corno de alarma y le pidió que hiciera el toque que habían acordado para reunirse todos en caso necesario. Un toque largo y agudo, uno corto y grave, otro largo y agudo, otro corto y grave y así sucesivamente hasta que empezaron a acercarse las parejas de volocordos cargando a maullianos en sus cestas y algunos volocordos solos. Todos tenían caras de agotamiento extremo y bastante miedo en las miradas. Naturalmente, pensaban que la

llamada era para emprender la huida ante la evidente derrota. Algunos maullianos bien maltrechos llegaron saltando de unas ramas a otras, con cuerdas y herramientas para escalar. Cuando hubo un buen grupo —aunque no estaban todos, pues muchos seguían en plena lucha— Yacay contó el plan. Los volocordos juntaron fuerzas y volvieron a levantar a los maullianos en las cestas. Cruzaron con ellos el río y los dejaron junto a Imiu, que comenzó a dar órdenes enseguida. Pronto había una fila de maullianos esperando con hondas, lanzas y arcos listos siguiendo la línea del río frente al Gran Bosque. Otros se dedicaron a recoger más piedras de la orilla. Entonces los volocordos llegaron rápidamente a dar aviso a los ancianos y niños. Los volocordos llevaron a los niños en brazos, volando, y los maullianos sobre las espaldas, nadando, y una vez al otro lado del río, se fueron situando detrás de la línea defensiva que formaban los guerreros, listos para dar la vida por ellos, en perfecta formación, nerviosos, pero firmes.

Mientras tanto, algunos guácaros ya se acercaban a los árboles gigantes y rompían cuanto encontraban por su camino. Los últimos en huir escaparon de sus colmillos por poco. Varios maullianos ya estaban tendidos en el suelo, con graves heridas que no les permitían levantarse. Agotados volocordos intentaban defenderlos a pedradas para levantarlos o arrastrarlos lejos del lugar. Un par de volocordos también habían caído entre las patas hediondas y los colmillos terroríficos. El suelo se veía lleno de cuerpos tirados, aullando de dolor, retorciéndose o arrastrándose y también muchos ya inmóviles. El panorama era horrible. Además, para mayor desolación, muchos guácaros seguían en pie, pasando por encima de todos pisoteando, pateando, chocando entre sí y gruñendo. El Gran Bosque estaba a su merced. Los volocordos guiados por Yacay trataban, con pocos resultados, de desviar al grupo hacia el río para que no destruyera el área de los árboles gigantes. Pero dentro de todo el desorden y el griterío, solo una cosa parecía seguir un

riguroso esquema: los guácaros no se acercaban al río como esperaba Yacay. Pronto él y su grupo tuvieron que subirse a las ramas de los primeros árboles gigantes para disparar desde una posición más descansada, ya con las alas exhaustas de tanto zigzaguo, subida y bajada y detenciones repentinas en el aire. En una rama baja, Suri lanzó la última piedra que le quedaba a mano, pero el guácaro que le lanzaba manotazos desde el suelo logró esquivarla. Sus garras negruzcas atraparon el tobillo de la agotada y aterrorizada joven, que con un grito cayó sentada sobre la rama y volcó una cesta con agua que había en ella. Entonces algo insólito sucedió: al recibir el remojón, el guácaro saltó horrorizado hacia atrás y se alejó aullando.

Un segundo después de darse cuenta de que no iba a morir todavía, Suri pudo pensar con claridad. Bajó de la rama, tomó la cesta y corrió hasta la orilla del río. La llenó, levantó el vuelo con esfuerzo, tras tantas horas de agotador ejercicio, y se acercó a un guácaro

que golpeaba con un palo el aire, tratando de alcanzar a Tolbon, mientras él le lanzaba piedras.

–¡Quitate! –le gritó al muchacho con toda la fuerza que quedaba en sus pulmones, al tiempo que volcaba la cesta de agua sobre el guácaro.

El resultado fue aún más impresionante que el anterior: el guácaro cayó de espaldas convulsionado por el terror, aulló y gruñó, pataleó, manoteó y luego se revolcó por el suelo como tratando de secarse. Tolbon no daba crédito a sus ojos. Suri dio un grito de triunfo.

–Dame la cesta, Suri, y ve a avisar a Yacay y a los demás, ¡les daremos su merecido a estos perros asquerosos! –gritó Tolbon.

Minutos después, el corno sonaba nuevamente para reunión y pronto los volocordos tomaron cestas,

vasos, platos hondos y cuanto recipiente encontraron para llenarlos de agua y mojar a los guácaros.

–¡Eso es! –exclamó Yacay, emocionado después de darle un buen baño a una pareja de guácaros–. Por eso están siempre tan sucios, por eso solo cruzan las montañas en verano. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Pronto comenzaron a llegar a nado los guerreros maullianos, alertados por la llamada del corno. Yacay sonrió al verlos emergiendo empapados en el claro del tronco hueco, ahuyentando con su sola presencia a los mismos que antes los perseguían, sin entender por qué. Entonces tuvo una idea.

Se acercó rápidamente a ellos gritando:

–¡Tienen miedo al agua!

Les hizo gestos para que avanzaran. Los maullianos,



sorprendidos, empezaron a caminar amenazantes hacia los guácaros, fascinados al ver que los hacían retroceder. Varios pasaron corriendo por delante de ellos, huyendo de los remojones que les daban los volocordos. Yacay gritó entonces varias órdenes a toda velocidad. Sin perder un segundo, todos se pusieron manos a la obra: los volocordos y algunos maullianos se ocuparon de alejar a los guácaros del Gran Bosque lanzándoles agua sin cesar, mientras un grupo de maullianos dirigido por Imiu corría a toda velocidad, por la orilla del río, hasta la zona donde estaban las trampas. Aún quedaban algunos guácaros en ellas, varios aturdidos y otros muertos, seguramente aplastados por montones de sus compañeros en loca carrera. Entre varios sacaron a tirones a los que estaban en la trampa más cercana al río y los dejaron amontonados en un rincón. La tarea era agotadora y desagradable, tanto por el peso de los monstruosos hombres-perro como por su horrible olor. Después, sacando fuerzas de donde solo se pueden sacar

cuando de ello dependen las vidas de seres queridos, con palos y con sus propias manos se pusieron a cavar un agujero para unir el río con la trampa. Era una hendidura mucho menos profunda que el hoyo de donde sacaron a los guácaros. Cuando empezó a fluir un pequeño hilo de agua desde el río hasta ella, la dieron por terminada. Entonces Imiu sopló el corno de alarma, que le habían entregado ahora a él y, aunque apenas pudo sacarle un sonido desigual y desafinado, siguió soplando con todas sus fuerzas. Algunos minutos más tarde un grupo grande de volocordos apareció por los aires, con las caras desfiguradas por el esfuerzo, cargando nada menos que el enorme tronco hueco que llevaba tantos años caído en el claro del Gran Bosque. El mismo donde se habían subido Yacay e Imiu hacía tan poco tiempo para llamar a sus pueblos a unirse en esta batalla.

Los agotados volocordos se quedaron con él suspendido en el aire sobre la nueva hendidura cavada por los maullianos, batiendo las alas mientras gruesas gotas

de transpiración corrían por sus frentes. Descendieron suavemente y lo colocaron sobre los brazos que los maullianos extendieron hacia arriba para recibir el enorme tubo de madera y corteza. Con mucha más fuerza que la de sus alados compañeros, los hombres-gato no encontraron demasiada dificultad para mantenerlo alto sobre sus cabezas durante un buen rato, mientras los volocordos se devolvían hacia el lugar donde ahora Yacay lideraba una verdadera batalla de agua que hacía correr a los guácaros en dirección a las trampas. Cuando llegaron a ellas, varios cayeron torpemente en los agujeros y el resto, como antes, pisoteó a sus compañeros y siguió su carrera aullando y gruñendo. Cuando el último guácaro hubo pasado al otro lado de las trampas, Imiu gritó “¡ahora!” y los maullianos soltaron el tronco, de modo que quedó medio metido por un extremo en el río y levantado hacia el cielo por el otro extremo, apoyado sobre la abertura en la tierra. Entonces la corriente lo atravesó y un chorro gigante salió con fuerza descomunal hacia

arriba. En pocos segundos inundó todo a su alrededor. La fuerza del agua era tal, que empezó a formar un riachuelo y alcanzó las demás trampas, haciendo flotar a los guácaros recién caídos, que gatearon y luego corrieron despavoridos. Una a una las trampas se fueron inundando y formaron una hilera de piscinas, tras las cuales solo se veía la polvareda del grupo de guácaros huyendo.

—¡Hurraaaa! —gritaron los maullianos y los volocordos, casi rendidos por el esfuerzo, pero orgullosos.

Los gritos de victoria se repitieron entre los árboles y alcanzaron los oídos de los que esperaban al otro lado del río. Pronto llegaron varios a nado y otros volando y entre abrazos, cabezas frotándose, gritos de alegría, bailes y saltos, el desorden casi igualó al de los temibles enemigos vencidos.

13. El adiós y el río nuevo

Varias semanas después de vencer a los guácaros, los maullianos y los volocordos todavía no se detenían a descansar. Lo más duro había sido enterrar a varios amigos que murieron mordidos por los guácaros o heridos por pedradas. Cuatro maullianos y dos volocordos fueron solemnemente despedidos en una ceremonia triste, pero orgullosa, donde el rey Coron les deseó, en nombre de todo el pueblo, que sirvieran de alimento a las más lindas flores y a las más maravillosas frutas, en agradecimiento a todas aquellas plantas que les habían

dado de comer en vida. Los maullianos, que no hacían ritos especiales para enterrar a sus muertos, quedaron muy conmovidos y agradecidos por esta demostración de cariño de sus nuevos amigos.

Contagiado por este espíritu solemne y respetuoso, Imiu aguardó a que Vol Coron terminara la ceremonia y avanzó hasta las tumbas, que solo se notaban por la tierra removida y semillas de flores esparcidas sobre el suelo formando círculos. Alzó entonces una lanza de la que colgaba un collar hecho de huesos tallados. Todos los maullianos la reconocieron: era la lanza del rey Molion, siempre adornada con el único recuerdo que quedaba de la amada esposa que había perdido. Algunos ojos de pupilas verticales se llenaron de lágrimas.

El nuevo rey maulliano marcó en la tierra un círculo idéntico a los otros con la lanza. Luego, con el rostro rígido y serio, clavó el arma de su padre en medio del círculo con tal fuerza que quedó enterrada hasta la mitad. Tomó entonces de una cesta un puñado de semillas

de flores y las esparció en el surco que había trazado, mientras decía con voz firme:

–Que estas flores acompañen tu lanza, gran rey Molion, padre mío, y crezcan tan libres como nosotros en la tierra amiga que acoge hoy a tu pueblo. En ella, como soñabas, dejaremos de vivir ocultos y temerosos. Siempre te recordaremos con amor y admiración.

Esa tarde todos anduvieron callados y cabizbajos, pero con la salida del sol a la mañana siguiente la cantidad de trabajo que quedaba por hacer encendió los ánimos y volvió a llenar el aire de ruido y risas.

Varios días después, Imiu y Guimia seguían atareados curando heridas, enderezando huesos quebrados y, además, solucionando problemas digestivos de algunos maullianos que trataron de comer frutas y plantas como los volocordos. Después de estos “desastres”, se creó un grupo de caza bajo el mando de Gaibor para mantener

alimentada a la nueva gente del Gran Bosque. Yacay, mientras tanto, lideraba a un equipo dedicado a la fabricación de chozas a los pies de los árboles. Algunas ya terminadas serían las nuevas viviendas de los maullianos.

Otro grupo, al mando del rey Coron, construía un enorme canal que dividiría el río en dos brazos, de modo que el Gran Bosque quedaría rodeado de agua. Primero taparon con una tabla redonda y enorme la abertura del tronco hueco y luego, cuando el agua dejó de fluir a través de él, unieron entre sí las trampas que habían cavado durante la batalla y las ensancharon lo suficiente para convertirlas en un canal. Después continuaron cavando el canal alrededor del Gran Bosque, formando un enorme círculo.

Nadie trabajaba en silencio. Todos repetían una y mil veces las hazañas recientes mientras lijaban maderas, juntaban hojas para los techos, cocinaban carnes al fuego o cavaban la zanja gigantesca.

Cuando el nuevo canal rodeó por completo el bosque, lo unieron nuevamente al río y entonces el rey Coron tomó por un lado la puerta que detenía el agua e Imiu la tomó por el otro lado. Todos los habitantes del Gran Bosque se reunieron a verlos.

–Ésta es la obra que une a volocordos y maullianos, como buenos amigos –gritó Coron.

Un montón de aplausos y vítores siguieron a sus palabras.

–Esta agua nos protegerá a todos juntos para siempre –gritó Imiu, y guiñó un ojo a Yacay, que miraba desde cerca, con lágrimas de alegría en los ojos.

Los dos reyes levantaron la puerta con fuerza y un chorro de agua corrió por la zanja recién cavada. En pocos minutos, el agua llegó hasta el otro lado. Los niños

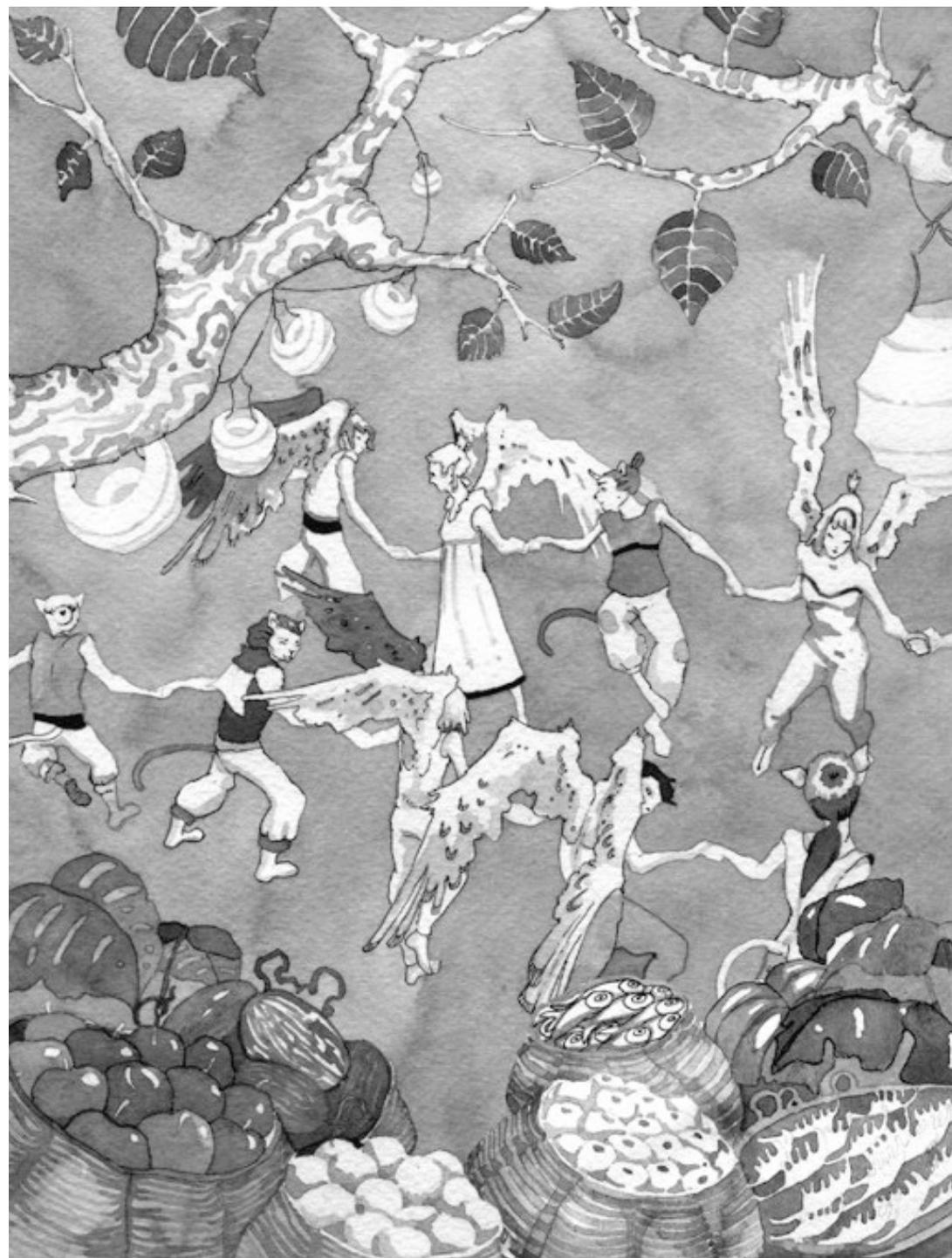
maullianos y volocordos se lanzaron a chapotear felices. Los adultos se tomaron de las manos y bailaron entre los árboles. Luego se sentaron en círculo en medio del bosque y comenzó un gran festín, con frutas y carne por montones.

Yacay le pasó a su madre un brazo por los hombros y la estrechó. Ella lo miró con una sonrisa y le susurró al oído:

–Eres una leyenda viviente, hijo mío. ¿Te das cuenta?

–Sí, madre, y soy una leyenda con hambre –dijo él, y los dos rieron.

Se acercaron a Coron, Imiu y Gaibor, que les tendieron canastos llenos de frutas. Yacay nunca se había sentido tan feliz.



La autora:



Luz María a los 7 años

Luz María del Valle nació en 1978, en Santiago de Chile y, desde que aprendió a hablar, habla hasta por los codos. Siempre le gustaron las palabras nuevas y no dejaba tranquilos a los adultos, pidiendo que le enseñaran más y más sobre el lenguaje. Nada extraño fue, entonces, que cuando aprendió a leer y escribir, al fin pasara horas de silencio (un placer para sus pobres padres y hermanos) descubriendo maravillosas historias en los libros e inventando las suyas propias. Entre los 7 y los 17 años vivió en España, donde tuvo estupendos profesores de literatura y pudo gozar las letras de la "Madre Patria". Allá ganó un premio por el primer cuento que hizo público, "El Feo". Luego volvió a Chile, estudió periodismo y, por las noches, cuando bañaba y acostaba a su pequeño hermano Santiago, le contaba cuentos inventados especialmente para él. Uno de esos cuentos es la historia de Yacay.

La ilustradora:



Francesca a los 7 años.

Francesca Mencarini nació en Temuco el año 1980 y vivió en esta ciudad hasta los 18 años. Estudió Licenciatura en Arte en la Universidad Católica de Chile, carrera de la que egresó el año 2003. Actualmente se dedica a la ilustración en forma independiente, oficio que concentra dos de sus actividades favoritas: dibujar y leer.

El primer libro de la Trilogía de Yacay

-Buen viento siempre, Yacay -respondieron todos mientras el rey soltaba al bebé y lo dejaba caer al vacío.

Los volocordos son seres voladores de piel celeste y coloridas alas, que viven en las ramas de los árboles más inmensos que se puedan imaginar. Son pacíficos y se dedican a recolectar frutas y plantas. Para ellos, el único peligro conocido es el pueblo de los maullianos, hombres-gato peludos y terribles que usan armas, se mueven con agilidad fabulosa y tienen músculos poderosísimos.

-¿Cómo que no hay nada que hacer? -gritó la reina entre sollozos-. Mi hijo está en manos de esos monstruos.

Pero existe una esperanza: una vieja profecía dice que llegará un hijo de reyes capaz de liberar para siempre a los volocordos de los problemas con los maullianos.

-Soy Yacay, hijo del rey Coron y la reina Nira -contestó con orgullo Yacay.



No te pierdas:

Yacay rumbo a las Llanuras Kaibas
Yacay en la Isla de la Furia

